

Bombini

De Santis

Sormani

Mariño

Shua

Cardoso

Cabal

Roldán

Walsh

Jansson

Orquín Lerín

Comino

Wolf

Devetach

La Mancha

Papeles de literatura infantil
y juvenil

agosto 1998

7

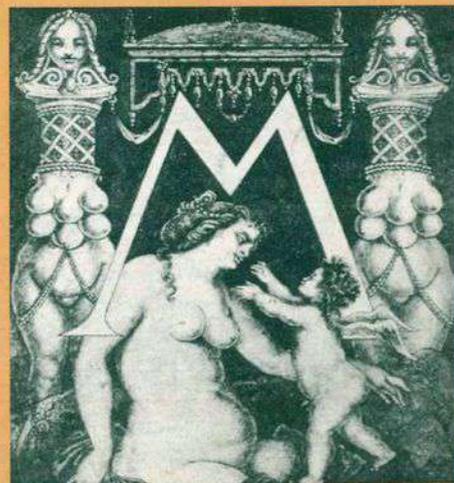
LITERATURA JUVENIL:
EL ULTIMO MANOTAZO

EL TERRENO DONDE CRECE
LA LITERATURA INFANTIL

LAMENTACIONES DE UNA
USUARIA DE BIBLIOTECAS

CARLO COLLODI,
GEPETTO Y
PINOCHO

EL SEXISMO EN
LA LITERATURA
INFANTIL





Consejo de Dirección:

Graciela Cabal
Laura Devetach
Graciela Montes
Graciela Pérez Aguilar
Gustavo Roldán
Silvia Schujer
Ema Wolf

Colaboran en este número:

Gustavo Bombini
Pablo De Santis
Nora Lía Sormani
Ana María Shua
Ricardo Mariño
Felicidad Orquín Lerín
Tove Jansson
Rodolfo Walsh
Onelio Jorge Cardoso
Gustavo Roldán (h)
Roberto Cubillas
Sandra Comino

Editor Propietario:

Eric Domergue

Composición: Dana Producciones Gráficas

Impreso en: Agencia Periodística CID
Av. de Mayo 666 - Buenos Aires
Tel.: 343-0886/1903/2364/2471/2814

Distribuye: Centro de Publicaciones
Educativas y Material Didáctico SRL
Av. Corrientes 4345, Capital Federal
867-2020 - Internet: www.noveduc.com.ar
E-MAIL: noveduc@noveduc.com.ar

Revista cuatrimestral
Buenos Aires - Argentina
Registro de Propiedad Intelectual N° 690882
Derechos reservados.

Las notas firmadas no reflejan
necesariamente la opinión de los editores.
Pueden reproducirse citando la fuente.

La Mancha

México 976, depto. 8
(1097) Capital Federal
República Argentina

Precio: 7 pesos.

SUMARIO

	<i>Página</i>
EDITORIAL	3
LITERATURA JUVENIL:	
El último manotazo, por <i>Gustavo Bombini</i>	4
Una cuestión de género, por <i>Pablo De Santis</i>	6
Las colecciones: hablan los responsables.	
¿Existe una "literatura juvenil"?, por <i>Nora Lía Sormani</i>	8
¿Por qué conformarse con menos?, por <i>Ana María Shua</i>	10
APUNTES (I)	
El terreno donde crece la literatura infantil, por <i>Ricardo Mariño</i>	13
OPINIONES	
El sexismo en la literatura infantil.	
Las que no escarmientan, por <i>Graciela Cabal</i>	15
Los estereotipos en los libros no sexistas para niños, por <i>Felicidad Orquín Lerín</i>	17
FICCIONES	
Berenice, de <i>Tove Jansson</i>	19
Poesías: <i>Juan Gelman, Jorge Luis Borges,</i> <i>Raúl González Tuñón, Alejandra Pizarnik</i>	24
El 37, de <i>Rodolfo Walsh</i>	26
El caballo de coral, de <i>Onelio Jorge Cardoso</i>	30
FIGURAS	
Carlo Collodi, por <i>Gustavo Roldán</i>	35
Las aventuras de Pinocho, capítulo 19	37
CONVENTILLO	38
TEMAS	
Lamentaciones de una usuaria de bibliotecas, por <i>Ema Wolf</i>	40
BIBLIOGRAFICAS , por <i>Sandra Comino</i>	45
LA INICIACION	
Graciela Fernández Meijide: Mi pasión por la aventura	46
FIGURAS	
Luis F. Iglesias: Al maestro, con cariño. <i>Entrevista Laura Devetach y Gustavo Roldán</i>	47
A LA OPINION PUBLICA	
Escritores en conflicto	50
<i>Diseño de tapa:</i> Juan Manuel Lima <i>Dibujo de tapa:</i> Aubrey Beardsley <i>Ilustración de contratapa:</i> Dino Buzzati	



La literatura infantil parece suscitar menos confusión que la juvenil. Los mismos autores pueden calibrar la eficacia de sus cuentos para chicos en el mano a mano con ellos en las escuelas, narrándoles o leyéndoles las historias en ferias infantiles. Pero los adolescentes resultan mucho más enigmáticos. Lo son para el que escribe, el que recomienda, el que vende y el que edita. Porque también son adultos. Si de zonas se trata, ¿dónde termina una y empieza otra? ¿Hay un lugar, un instante? Seguramente no.

Podemos imaginar a los adolescentes como lectores en tránsito, difíciles de capturar, personas que miran de reojo y desconfían, que no se entregan fácilmente. Suponer que están para cosas más “altas” o sofisticadas, pero al mismo tiempo dudar de su competencia como lectores. Tememos ofender sus intereses con propuestas demasiado pueriles, o demasiado solemnes para su poderosa irreverencia, o estar desactualizados frente a sus cambiantes códigos. Pero también nos preguntamos si es lícito escribir pensando en ellos -y de paso asignarles un protagonismo casi absoluto en los libros- como si fueran un blanco en que hay que acertar. En este número de **La Mancha** volcamos algunos de los acuerdos y controversias que suscita el género juvenil. Dicho de otra manera: tratamos de averiguar qué esperan de nosotros los adolescentes a la hora de proponerles libros.

El último MANOTAZO

por Gustavo Bombini



Primero. Sería necesario establecer una discusión acerca de la especificidad de la "literatura juvenil": qué se define como tal, más allá del hecho de que un dispositivo editorial nos la esté presentando bajo esta rotulación. En un artículo anterior habíamos caracterizado, a partir de un corpus disponible entonces, a esta literatura como un "proyecto de escritura basado en un realismo simplificador: personajes, circunstancias y conflictos deben reproducir el mundo del lector" (...) "una concep-

ción de la producción literaria basada en determinados 'centros de interés' o 'temas' que se presuponen exclusivos del adolescente (el amor, los conflictos sociales, la relación con la autoridad, la guerra, los enfrentamientos generacionales, la justicia, el desarraigo, la necesidad de afecto, son algunos de ellos)". Esta especificación temática podía dar cuenta de unos rasgos dominantes, pero seguramente no agotaba la discusión. En este sentido era posible agregar —y así lo hacíamos en el mismo trabajo—, la existencia en la "literatura juvenil" de un pacto de referencialidad al que Beatriz Sarlo e Hilda Sabato juzgaban "trivial" pues "se confía en que la mimesis de la lengua oral es una garantía de representación y que a mayor mimesis mayor triunfo del verosímil realista", caracterización que surgía de los análisis que ellas realizaban de las series "comprometidas" de la televisión argentina de los años '80. A la luz de un corpus más completo de "literatura juvenil" sería necesario preguntarse cuáles son los textos, entre los que

Ya sea que se la considere un producto de mercado, un intento de prolongar cierto "éxito" de la literatura infantil, o un nuevo género literario, generado por un nuevo canon de escritura, ya se trate de la última estrategia de la cultura escolar a la pesca de nuevos lectores o de un genuino consumo cultural entre los jóvenes, la existencia y proliferación de la llamada "literatura juvenil" mueve al debate. Un debate que podría plantearse hoy en algunos puntos.

circulan hoy, que han podido evitar este pacto de referencialidad y apostar a otras estrategias de ficcionalización y creación de mundos. Es en esta zona de la producción donde se podría indagar en torno a una poética posible que respondiera a la pregunta por la especificidad.

Segundo. Creemos que en los últimos años, este debate no ha tocado fondo. Son pocos, escasos, diría prácticamente inexistentes los artículos o libros que se refieren al tema tanto desde el campo de la crítica literaria como desde la pedagogía; en general, el aparato crítico de la "literatura juvenil" se limita al típico ademán laudatorio de la reseña periodística. Graciela Montes, en sus comentarios incluidos en su traducción al español de *La literatura para niños y jóvenes* de Marc Soriano, se posiciona de alguna manera cuando se refiere a "la llamada 'literatura juvenil', de características bien definidas (predominio de lo autobiográfico, temática contemporánea, en ocasiones cierta ejemplaridad) y logros muy desparejos". Podríamos decir que la proliferación de literatura del género "juvenil" es inversamente proporcional a la producción crítica y de investigación sobre ella.

Tercero. La cuestión de la "literatura juvenil" remite necesariamente a la experiencia de lectura de un grupo etario. Jóvenes y adolescentes han transitado en distintos momentos históricos y según las diversas pertenencias sociales una idea posible de literatura, restringida o no al rótulo de juvenil. Una diversidad de experiencias que incluye a los púberes de procedencia inmigrante leyendo *Cuore* de Edmundo de Amicis en las escuelas primarias y secundarias argentinas, más allá de las prohibiciones del ministro Ramos Mejía en 1902; a adolescentes leyendo, unos años más tarde, *El carácter* de Smiles, un médico psiquiatra escocés de cuya obra circuló una traducción castellana muy promocionada en la Argentina; a jóvenes mujeres lectoras de historias del corazón que devoraban novelas semanales hacia

los años '20; a estudiantes secundarios de la Escuela Normal de Chivilcoy que, en 1917, desoyeron la recomendación de su profesor de literatura de no leer el *Werther* de Goethe; a jóvenes de los años '60, al amparo de la euforia del boom, transitando con textos de Cortázar por las calles de Buenos Aires. La idea de experiencia de lectura de un grupo etario nos permite recobrar la dimensión provisional que tienen ciertas particularidades de lo que hoy se reconoce como literatura para adolescentes y nos invita, por lo tanto, a desconfiar del éxito de ciertas fórmulas. Más allá de la "literatura juvenil" existen unos recortes posibles de la literatura "a secas" que podrían dar cuenta de las ilimitadas posibilidades de lectura de cualquier subconjunto de lectores.

Cuarto. La existencia de una literatura juvenil en las últimas décadas y su gran proliferación en los Estados Unidos y también en el ámbito hispánico parece ser una respuesta refleja al repetido diagnóstico apocalíptico: "los jóvenes no leen". Diagnóstico magisterial que nos permite observar la fuerte ligazón existente entre la demanda escolar de encontrar estrategias para ganarse a los adolescentes para la lectura y la posibilidad de dar con alguna receta literaria de gran atractivo. En este sentido es que se podría pensar en el último manotazo de ahogado de la cultura escolar, en tanto cultura letrada, por captar el interés de unas generaciones hoy atraídas por las nuevas tecnologías, las nuevas culturas de la imagen, en fin, por las nuevas formas del procesamiento simbólico.

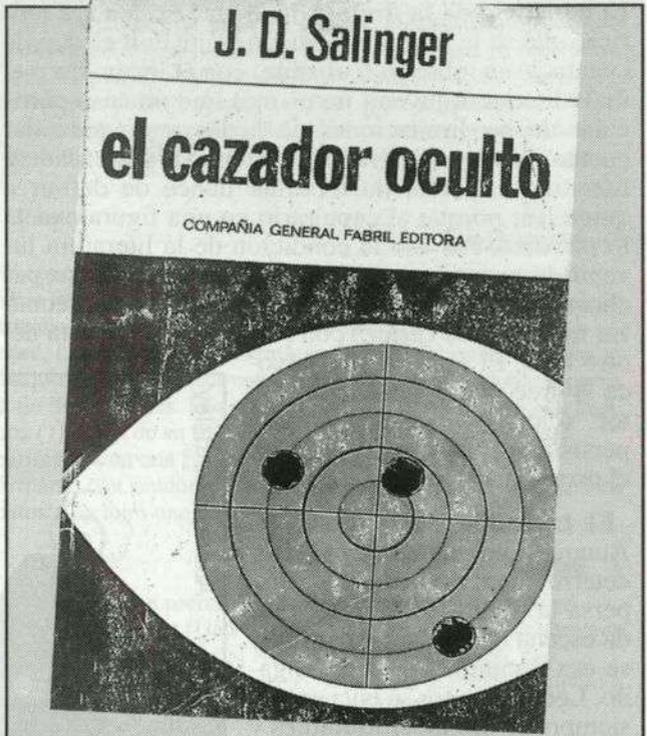
Esta relación entre producción literaria y ámbito escolar genera unos mecanismos de circulación y consumo sobre los que habría que indagar: hasta qué punto esta "literatura juvenil" es legitimada por las prácticas escolares que se consideran a sí mismas como innovadoras; cuál es la relación que establece esta literatura con el conjunto de la literatura enseñada tradicionalmente en la escuela, es decir, la desplaza, la complementa o se propone el espacio de la contemporaneidad; cuál es la circulación efectiva de esta literatura en circuitos extraescolares; entonces, hasta qué punto se propone como una "literatura de transición", como lo plantea Marc Soriano, o se presenta como la representación dominante sobre la literatura que está poniendo en juego la escuela hoy.

Gustavo Bombini es profesor de Didáctica de la lengua y la literatura en las Universidades de Buenos Aires y Nacional de La Plata. Autor de libros de su especialidad. Editor de "El Hacedor".

El debate en torno al género entre todos los implicados habrá de continuar: como con ninguna otra literatura. Escritores, editores y también pedagogos se hallan involucrados. El último manotazo de la cultura letrada quizá no sea en vano.

Referencias

López, Claudia y Bombini, Gustavo: "Literatura 'juvenil' o el malentendido adolescente" en Versiones, Buenos Aires, UBA, Año 1, N° 1, 1992.
 Sarlo, Beatriz y Sábato, Hilda: "Historia y ficción" en Punto de Vista, Buenos Aires, N° 22, diciembre de 1984.
 Soriano, Marc: *La literatura para niños y jóvenes*. Guía de exploración de sus grandes temas. (traducción de Graciela Montes). Buenos Aires. Colihue. 1995.



El género juvenil

"Creo que la literatura juvenil existe como género. Es un género más. Es cierto que dentro de este género pueden desarrollarse el policial, la ciencia ficción o la novela de amor. Pero no es la primera vez que ocurre: Philip Dick nos ha entregado perfectos policiales dentro de la ciencia ficción.

Supongo que para cada persona "novela juvenil" significa otra cosa. Para mí implica una mayor ingenuidad en la narración y, debo confesarlo, esta ingenuidad es en mi caso más un goce que un límite. (...) Entre los casos ejemplares, puedo citar la excelente *nouvelle* de Stephen King *El cuerpo*; *La isla del tesoro*, de Stevenson; *El cazador oculto*, de Salinger, y *El barón rampante*, de Italo Calvino. Como podrán notar son novelas que ningún adulto debería dejar de disfrutar, pero creo que tienen una particular afinidad con el corazón de los jóvenes. (...) En la Argentina, el género juvenil ha dado lugar a estupendas novelas: *Desde el ojo del pez* y *Enciclopedia de la hoguera*, de Pablo de Santis, atestiguan esta afirmación. O *Los dedos de Walt Disney*, de Juan Sasturain, publicada en España."

(Marcelo Birmajer, fragmento de "Apuntes sobre la Literatura Juvenil", en *De viva voz*)

Una cuestión de género

por Pablo De Santis

El beneficio de la duda. Una de las exigencias teóricas que se le hacen a la literatura juvenil es que dé cuenta de su relación (culpable) con el lector. Pero el de la literatura juvenil no es más que un caso particular de las limitaciones de la literatura para dar cuenta de sus lectores. La estrategia de la verdadera literatura es, creo, no terminar nunca de definir a quien lee; porque al capturarlo en una figura exacta lo petrifica. Por eso la condición de la literatura juvenil de tener de antemano un lector resulta sospechosa. La solución a esta condición es, creo, rechazar toda idea de certeza con respecto a quien está del otro lado. El escritor se equivoca si cree que conoce a su lector; sólo en la medida en que persista su duda, su oscuridad, el texto puede funcionar.

El beneficio de la duda II. Aunque uno suponga un lector determinado, no por eso se dispersa la oscuridad básica de toda escena de escritura; permitirse esa tranquilidad es un engaño. Lector y autor se encuentran siempre en sus incertidumbres y no en sus seguridades.

Los condicionamientos. Un texto tiene siempre un primer horizonte (de mercado, de lengua, de género, de colección) y nada le impide ir más lejos, excepto las limitaciones de ese mismo texto. Pero ojalá no desaparezcan las críticas al género juvenil; para nosotros, los escritores, siempre será más fácil echarle la culpa al género antes que a nuestras limitaciones.

Los condicionamientos II. Si lo pensamos bien, las limitaciones de un género determinado son un pobre consuelo desde que Umberto Eco escribió, a propósito de la historieta: "Por ello, a la afirmación de que la finalidad comercial y el sistema de distribución del producto historieta determinan su naturaleza, podría responderse que, aún en ese caso y como siempre ocurre en la práctica del arte, el autor de genio es el que sabe convertir los condicionamientos en posibilidades".

Libertad absoluta. Quienes impugnan la literatura juvenil como género proponen tácitamente la existencia de un verdadero *escribir* que es natural y que no supone limitación alguna. El gran autor, argu-

mentan, es el que cuenta siempre con la Libertad Absoluta. Desgraciadamente, nuestra libertad siempre es condicional y es mejor tenerlo presente. Las poéticas de la libertad dieron origen a los peores excesos del surrealismo y del teatro del absurdo, a la acumulación, la oscuridad y el aburrimiento; las poéticas de la constrictión, en cambio, produjeron a Nabokov, a Péric, a Borges, a Calvino.

La lengua extranjera. Una de las ventajas del escribir para adolescentes es el cultivo de la forma, en relación con la eficacia. El escritor no tiene teorías en qué ampararse; no puede decirle al lector, justificando la ausencia de argumento: "práctico la literatura de la nimiedad". Está como un pintor en un país extranjero cuya lengua ignora: puede mostrar sus pinturas; pero no convencer a nadie a quien su cuadro no haya convencido.

La nouvelle. La literatura juvenil es una excusa para rescatar textos que no tienen lugar en el presente editorial; en particular una forma exiliada: la nouvelle. Hace muchos años, existían colecciones como Cuadernos de la

Quimera, de Emecé, donde aparecían relatos de menos de cien páginas que hoy no tendrían ninguna posibilidad de publicación. En colecciones juveniles, en cambio, aparecieron nouvelles como *Costumbres de los muertos* de Fernando Sorrentino (un gran escritor olvidado por las editoriales), o *El sistema de huida de la cucaracha* de Gonzalo Carranza, libros que no fueron especialmente escritos para jóvenes, pero que hoy encuentran en este público a sus lectores. Alfaguara reeditó en una colección juvenil los excelentes cuentos breves de *La sueñera*, de Ana María Shua, agotado desde hacía años.

Editar un libro para adultos en una colección juvenil no es un modo de condicionarlo, sino de llamar a nuevos lectores; las colecciones son señales para que los textos puedan encontrar a sus lectores en otro punto del camino.

Ley de la complejidad: cuanto más complejo es un libro (sobre todo dentro de la obra de un mismo au-



tor) menos vende. Afortunadamente, lo mismo pasa con el resto de la literatura; como toda ley demasiado general, impide que se saque de ella alguna conclusión satisfactoria.

Ley de la mesa redonda: Quien publica un libro para adolescentes será invitado dos o tres veces por año a una mesa redonda con el título: "¿Por qué los jóvenes no leen?" Se dará por sentado que los adultos sí leen, y que los jóvenes, antes, leían muchísimo.

Ley de James Joyce: En toda mesa redonda reunida bajo el título "¿Por qué los jóvenes no leen?" alguien levantará la mano para decir que no tiene sentido escribir para adolescentes, ya que él/ella leyó a los diez años la edición anotada del *Ulises* y en su idioma original.

La semejanza: Al releer lo anterior descubro en qué se parece la práctica de géneros no del todo aceptados a la vida cotidiana: vivimos justificándonos.

Pablo De Santis nació en Buenos Aires, en 1963. Es periodista, guionista de historietas y fue jefe de redacción de la revista *Fierro*. Entre sus obras narrativas podemos mencionar las novelas *Desde el ojo del pez*, *Lucas Lenz* y *el Museo del Universo* y *Las plantas carnívoras*.

Literatura de "pasaje"

"En teoría, no hay diferencia fundamental entre un gran libro, un hermoso libro para niños y un clásico para adultos. Sin embargo, en los hechos no es así. Los niños y los adolescentes carecen aún, provisoriamente, del dominio sintáctico y lingüístico y de los conocimientos históricos y la experiencia de vida que hacen falta para apreciar algunas obras ricas y complejas como *La educación sentimental* o *Madame Bovary*, de Flaubert, como *Ana Karenina*, de Tolstoi, como *El hombre sin cualidades* de Musil o como *En busca del tiempo perdido*, de Proust. Colocar estos libros demasiado apresuradamente en manos de adolescentes que apenas están entrando a la lectura veloz puede significar descorazararlos, y orientar su avidez de lectura hacia folletines que ni siquiera tienen el valor histórico de los de Eugène Sue o Gaston Leroux, o, lo que es peor, hacia libros en serie o fotonovelas que rápidamente transforman a los buenos lectores potenciales en "lectores flojos", carentes de todo sentido crítico. Es útil entonces proponerles a los lectores jóvenes libros de calidad que puedan facilitarles el pasaje entre la literatura infantil y la literatura a secas."

(**Marc Soriano**, "Libros de transición", en *La Literatura para Niños y Jóvenes*, traducción, adaptación y notas de Graciela Montes, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 1995.)

PREMIO LATINOAMERICANO DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL NORMA-FUNDALECTURA 2000

Podrán participar autores adultos, ciudadanos de países latinoamericanos, con obras inéditas, escritas en castellano y que no tengan compromisos de publicación. Los escritores brasileños podrán enviar sus trabajos en portugués. Serán automáticamente descalificadas las obras presentadas a cualquier editorial (incluida Norma) para su publicación.

Tema y extensión

Se concursará con una obra narrativa (cuentos o novela) de tema libre, con un mínimo de 80 y un máximo de 200 páginas tamaño carta, destinada a lectores de entre 11 y 18 años de edad. Los trabajos se presentarán en tres (3) copias, escritos a máquina o computador con letra de 12 puntos, a doble espacio y sin ilustraciones. Los autores cubanos podrán participar con una (1) copia de su trabajo. Los autores brasileños podrán participar con una (1) copia en portugués. Las obras se firmarán con seudónimo y en sobre aparte el autor indicará sus datos e incluirá una hoja de vida.

Premio

Se concederá un premio único e indivisible consistente en quince mil dólares (US\$ 15.000), la publicación de la obra por parte del Grupo Editorial Norma, y la participación, con gastos pagados, en un congreso, seminario o evento nacional o internacional de interés para el área de la literatura.

Accésit

Se concederá a la mejor obra de un autor que no haya publicado libros para niños y jóvenes. Consistirá en la entrega de dos mil dólares (US\$ 2.000) que, al igual que en el Premio, se considerarán anticipo de las regalías estipuladas en el contrato editorial, y la publicación de la obra. Los concursantes que opten por el *accésit* deberán indicarlo en la portada de su obra.

Premiación

El Premio se entregará en acto especial durante la 13ª Feria Internacional del Libro de Bogotá, en abril del año 2000. Los originales no premiados se destruirán.

Más información

GRUPO EDITORIAL NORMA
Premio Norma-Fundalectura
San José 831
Tel. 382 7400
Buenos Aires



Se recibirán obras hasta el
30 de abril de 1999

Las colecciones: hablan los responsables

¿Existe una "literatura juvenil"?

por **Nora Lía Sormani**

¿Cómo definirla? ¿A través de sus rasgos de producción, de sus poéticas, de las condiciones de recepción y la existencia de un lector joven, consumidor real o ideal? El tema involucra muchos otros aspectos. Pero lo cierto es que el concepto de literatura juvenil deja de ser sólo un planteo teórico y se pone en práctica a la hora de diseñar colecciones literarias especialmente pensadas y dirigidas para los más jóvenes. Son numerosas y en los últimos años han incrementado su presencia en el medio. Tres editores y directores de algunas de las más destacadas colecciones aceptan reflexionar sobre el objeto de su trabajo.

CANELA

Directora de las colecciones de cuentos, novelas y ensayos de Sudamericana Joven, Editorial Sudamericana.

1) La colección va dirigida a los lectores que dejaron atrás la infancia. Suponiendo que hay un momento en el cual se opera una apertura hacia la plena comprensión de lo que



Preguntas

- 1) ¿A quiénes va dirigida la colección? ¿Quiénes son "los jóvenes"? ¿Qué entiende usted por "lector joven"?
- 2) ¿Cuál es el criterio de selección de los textos y autores?
- 3) Características del libro como objeto.
- 4) Títulos que más se han vendido.
- 5) ¿Los jóvenes leen lo suficiente?
- 6) ¿Sólo los jóvenes compran los títulos de las colecciones juveniles?

se lee, vinculada a las experiencias personales y a una más completa experiencia sobre la vida y el mundo. La generalización es tramposa, ya que hay niños con capacidad para disfrutar de un libro presuntamente editado para adultos y jóvenes inmaduros para la lectura comprensiva de un texto.

2) El criterio de selección es el mismo que se utiliza para la selección de cualquier material literario: se le otorga prioridad a la calidad de la escritura, a la originalidad y a la sugestión potencial de un texto. Hay temas que, por tradición y por lógica, se relacionan con los jóvenes: la aventura, el descubrimiento del amor, el duelo de la niñez, los procesos de crecimiento y la reflexión de los grandes temas desde la experiencia de un joven. Tratamos de evitar la nostalgia del autor adulto por su propia juventud, pues no siempre interesa a los jóvenes. También hay "nuevos" temas como la ecología, la naturaleza, el sida, los derechos humanos, que nos interesan especialmente porque sabemos que los jóvenes de hoy están atravesados por los conflictos que estos temas plantean y porque los frecuentan a través del periodismo y el documentalismo de la televisión. Si pensamos en la producción de textos que puedan ser utilizados en el ámbito escolar, aún se tiene cierto reparo en la edición de libros con escenas de sexo explícito y de exacerbada violencia o crudeza. Considerando que nuestro mercado es limitado y gran parte de ese mercado pasa por la op-

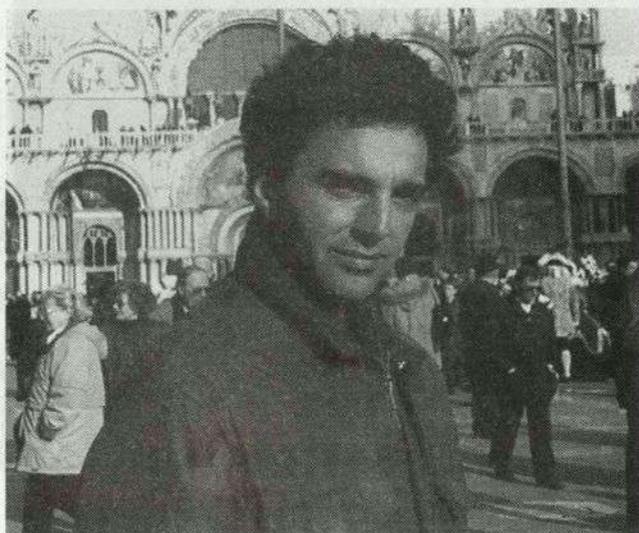
ción de los docentes, es un factor que necesariamente hay que tener en cuenta. En cuanto a los autores, no hay una selección a priori de escritores que consideramos aptos para jóvenes. Cualquier autor puede producir un texto de excelencia que les interese especialmente. De hecho, hay muchos clásicos de la literatura para adultos que son leídos con fruición y placer por los jóvenes: Isaac Asimov, Mujica Láinez, Salinger, Cortázar. Lo que es evidente es que hay "voces" que llegan más que otras y esto sigue siendo, como en toda obra de creación, algo misterioso. Nuestra intención busca un equilibrio entre la edición de autores y textos consagrados y la exploración y promoción de nuevos autores. Con esta finalidad, editamos guías para los profesores, trabajos críticos muy exhaustivos que permiten que el docente se acerque al material munido de todos los elementos teóricos necesarios tanto para los autores más frecuentados como para los menos.

3) El libro básicamente debe ser atractivo en su diseño, confortable en su lectura (tamaño de la letra, espaciado, etc.) y, sobre todo, muy económico.

4) Los más vendidos son los volúmenes de *Breve Antología de Cuentos* (literatura universal, española y latinoamericana, y varios subgéneros). En novela, las más exitosas son *No pasó nada* de Antonio Skármeta, *Desde el ojo del pez* de Pablo de Santis y *La fábrica del terror* de Ana María Shua. En el material elegido, se ve claramente la preferencia por los libros breves.

5) Es difícil saber qué es "lo suficiente". Podemos imaginar que, en los tiempos que corren, los jóvenes están sobreocupados (doble escolaridad, estudio y trabajo) y seducidos por los mensajes de la televisión, el video-clip, el cine, etc. En todo caso, es una respuesta que, sólo a través de una investigación adecuada, podría darse.

6) Si bien al editar un libro pensamos prioritariamente en los jóvenes y de hecho son, reiteramos, los compradores masivos, en gran medida sus elecciones están condicionadas por las opciones que toman sus docentes. Nos consta que la vida universitaria (ámbito en que se supone habría que rastrear a una mayoría de lectores potenciales) resulta muy absorbente y la intensidad del estudio excluye la posibilidad de la lectura placentera. Como corolario podríamos decir que muchas de estas apreciaciones están ligadas a ciertos prejuicios, del tipo "los universitarios leen más" o "fuera de los textos pedidos por el curriculum escolar, los chicos no eligen la lectura como opción para su tiempo libre", etc. Seguramente, hay excepciones, pero el sentido común indica que tienen su fundamento.



PABLO DE SANTIS

Director de las colecciones La Movida y Obsesiones, de Editorial Colihue.

1) La Movida, pensada en sus inicios para lectores de doce años en adelante, fue muy bien recibida también por chicos de diez y once. La idea fundamental es que los libros sirvan como una entrada a la literatura, sin demagogia ni facilismos.

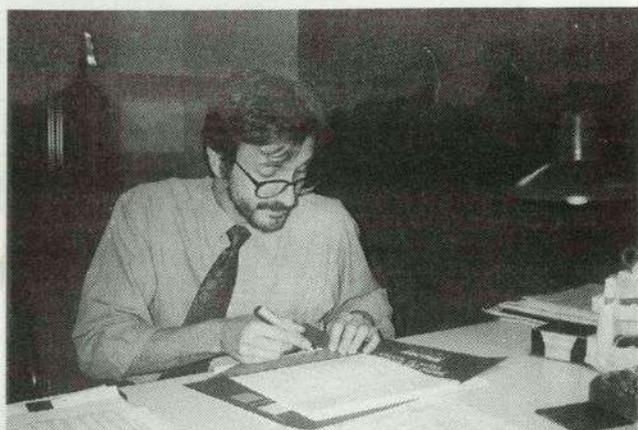
2) La convocatoria de la colección es abierta. Se leen todos los originales que llegan. Se seleccionan los textos tomando en cuenta la calidad, el interés por el lenguaje y la seducción del lector, evitando los clichés del género y el lenguaje falsamente "juvenil". Otra de las marcas de la colección es el acercamiento a los relatos de género (el policial, el terror, la ciencia ficción). Este año se está convocando a los autores a través de un concurso de novela juvenil.

3) Son libros angostos, tapa negra con una ilustración a color, y con un máximo de 130 páginas, ya que tienen un precio único, muy económico. El diseño, a cargo de Juan Manuel Lima, vincula al libro con la historieta; de hecho, las ilustraciones quedan en manos de dibujantes de comics.

4) El título más vendido es *Un crimen secundario* de Marcelo Birmajer.

5) Los chicos responden al estímulo que reciben; la lectura funciona por transmisión directa, como las tradiciones. No leen menos que los adultos.

6) Hay algunos pocos libros que, por su lugar equidistante entre la literatura para jóvenes y la literatura en general, convocan a otro tipo de lectores.



ANTONIO SANTA ANA

Editor de la colección Zona Libre (ex Torre Verde), de Editorial Norma.

1) No hay "un" lector joven que se busque, por lo menos, en los libros de la colección Torre Verde, que ahora pasa a llamarse Zona Libre. Se trata de que convivan distintos enfoques estéticos alrededor

de la cuestión de la literatura juvenil. Hay una tendencia general en el mundo a abordar temas realistas muy crudos. En Estados Unidos no se publica literatura juvenil que no tenga como temas centrales el de las madres solteras, la droga o el alcoholismo. En Norma queremos que convivan distintas estéticas buscando a los lectores de trece, catorce años y alguna que otra cosa para lectores de más edad. En Argentina todavía no se llegó al nivel de desarrollo como para que haya novelas juveniles deliberadamente dirigidas a jóvenes de quince o dieciséis. Esto sí sucede en España, otros países de Europa y Estados Unidos. La idea del "lector joven" que tomamos es la de alguien que está iniciando la adolescencia. Intentamos buscar distintas estéticas en temas que les puedan ser afines.

2) La selección tiene que ver con que sean buenas novelas, el criterio pasa por ahí. En este último tiempo estamos haciendo un esfuerzo por buscar textos más "realistas", que es el estilo que va a tomar la colección nueva. Pero, si viene un autor con un libro de literatura fantástica o un diario íntimo muy bien escrito, que tiene los ingredientes capa-

¿Por qué conformarse con menos?

Hoy, desde las editoriales, se nos propone escribir para un nuevo-viejo grupo de lectores: los adolescentes.

La literatura para adolescentes existió siempre. Es decir, siempre hubo libros que interesaron a los lectores jóvenes más que otros. Pero eran y son libros escritos sin ninguna limitación. Buena literatura con ciertas características que la hacen más atractiva para los adolescentes. Buena literatura que no se vio limitada en el momento de su producción por decisiones de los asesores editoriales. Eternos clásicos juveniles como Jack London, como Stevenson, como Ruesch (*El país de las sombras largas*) que no piensan en un *target* de lectores cuando escribían.

Las editoriales no son entidades de bien público. Son empresas. Tienen que obtener rédito de su capital o desaparecer. Somos los autores los que deberíamos preguntarnos si es bueno aceptar límites artificiales. Los chicos son diferentes de los adultos, no tienen el mismo estilo de razonamiento, no han terminado de desarrollar el pensamiento lógico. Pero los adolescentes no son más que adultos jóvenes: nada debe estarles vedado. No hay buenas razones literarias para intentar producir novelas específicamente para ellos. Los resultados están a la vista y son pobres, limitados, tristes.

"No lograba conciliar el sueño. El libro estaba allí cerca. Callado. Sobre el diván. Algo fino, muy fino. Sorprendente. En el interior de dos delgadas tapas de cartón se ocultaban ruidos, puertas, gritos, caballos, personas. Todos muy juntos. Aplastados unos contra

otros. Reencarnados en pequeños signos negros. Cabellos, ojos, alaridos, llamadas, voces, uñas, pies, puertas, muros, sangre, barbas, cascos, órdenes. Sometidos, plenamente sometidos a los signos negros. Las letras corren a una velocidad endiablada, unas veces a un lado, otras veces a otro. Corren las íes, se efes, las equis, las y griegas, las kas. Se agrupan. Crean el caballo o el granizo, Vuelven a correr. Es preciso componer el cuchillo, la noche, la muerte. Después el camino, la llamada, el silencio. Corred. Corred. Continuamente. Sin descanso.

Dormí un sueño muy turbio. Como si estuviera febril. A través del sueño percibía confusamente una especie de quejido constante que llegaba del exterior, un movimiento atormentado de las calles y los edificios, como si la ciudad se rascara lentamente. Era el tormento de la metamorfosis. Las calles se hinchaban, se deformaban. Las paredes de las casas se ensanchaban convirtiéndose en los muros de un castillo escocés. Aquí y allá brotaban almenas tenebrosas.

Por la mañana la ciudad había cambiado, aunque no tanto.

Estuve leyendo casi todo el día".

El escritor es Ismaíl Kadaré. En *Crónica de la ciudad de piedra* recuerda así el extraordinario encuentro, en su pubertad, con su primer libro.

El libro es *Macbeth* de Shakespeare.

Eso es literatura juvenil. No hay por qué conformarse con menos.

Ana María Shua

Este año incorporamos un montón de nuevos títulos. Y un montón de nuevos chicos.

Werenkraut & Assoc.

Alfaguara Infantil-Juvenil es la colección que reúne a los mejores autores nacionales y extranjeros de literatura infantil. Y la que más crece: todos los años presentamos nuevos títulos para ofrecer el plan más completo. Y este año, además, incorporamos más chicos con la nueva serie PRIMEROS LECTORES para el nivel inicial. Para que los chicos sigan creciendo con Alfaguara Infantil-Juvenil. Y ahora los más chiquitos también.



SERIE VERDE PRIMEROS LECTORES

Tomasito - Graciela Cabal - Ilustraciones de Sandra Lavandeira



Tomasito y las palabras - Graciela Cabal - Ilustraciones de Sandra Lavandeira
El globo de Magdalena - María Brandán Aráoz - Ilustraciones de Dolores Avendaño



SERIE AMARILLA DESDE 6 AÑOS

El paseo de los viejitos - Laura Devetach - Ilustraciones de Gustavo Roldán (h)

Un rey sin corona no puede ser - Olga Monkman - Ilustraciones de Javier Sánchez



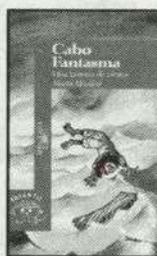
SERIE MORADA DESDE 8 AÑOS

La leyenda de bicho colorado - Gustavo Roldán - Ilustraciones de Luis Scafatti

SERIE NARANJA DESDE 10 AÑOS

La expedición - Ricardo Mariño - Ilustraciones de Oscar Rojas

SERIE AZUL DESDE 12 AÑOS



Cabo fantasma - Mario Méndez - Ilustraciones de Shula Goldmand

El mar en la piedra - Lucía Laragione - Ilustraciones de Sandra Lavandeira

Dos magias y un dinosaurio - Mágina Averbach - Ilustraciones de Gabriela Forcadell

Esperamos tu visita en el stand de Santillana de la Feria del Libro Infantil. Todos los días tendremos muchísimas sorpresas para que todos se diviertan.



Santillana

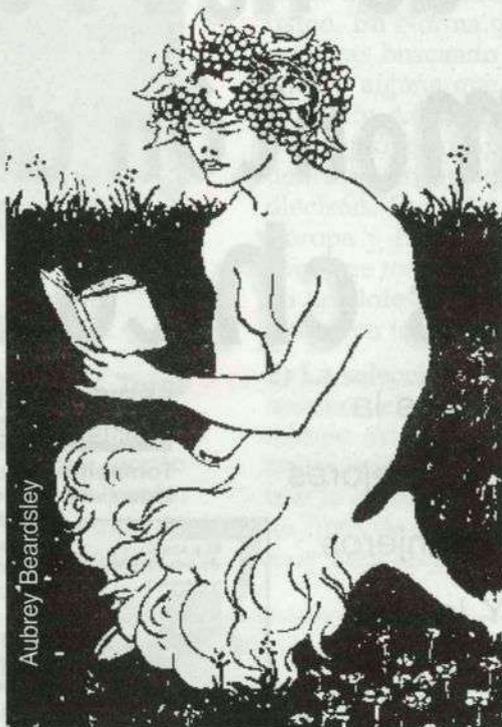
Beazley 3860 (1437) Buenos Aires - Tel. 912-7220 / 7430 - Fax: 912-7440
E-mail: info@santillana.com.ar - Internet: www.santillana.com.ar

ces de sacudirle el piso al lector y no tiene golpes bajos, se publica. En cuanto a los autores, los nombres conocidos no pesan en la elección, sí pesan en la venta de los libros. De hecho estamos publicando libros de escritores desconocidos como Sergio Aguirre y Sandra Comino, que son inéditos, y uno de Margarita Mainé, que no es tan conocida. El juvenil es un mercado distinto al infantil y el peso de los autores no es el mismo. Hasta ahora, en nuestro país, lo estuvieron abordando los mismos autores que escribían textos para chicos de cinco o seis años. La única que tuvo un resultado exitoso fue Silvia Schujer con *Las visitas*, que es lo máximo que ha dado la literatura juvenil en la Argentina. Esto tiene que cambiar. En todos los países, el aborde de lo juvenil tienden a hacerlo, generalmente, escritores que vienen de la literatura de adultos, del cómic o del periodismo. En la Argentina, en los ochenta, los autores juveniles por excelencia fueron De Santis y Birmajer y ambos, también, venían del comic o del periodismo.

3) No medimos la cantidad de páginas. Publicamos tanto novelas largas como cortas. *El maestro de las marionetas*, de Katherine Paterson, por ejemplo, es una novela muy extensa, pero es maravillosa y por eso decidimos publicarla. Si otro buen texto tiene sólo setenta páginas, también lo publicamos. Si los libros valen la pena, se tienen que publicar. Después, probablemente, el de trescientas páginas no se venda tanto. El problema con estas cosas es cuando uno piensa que todos los libros tienen que vender cinco mil ejemplares por año. Hay libros que son muy buenos y, aunque vendan menos, tienen que estar en una colección justamente porque son buenos. Uno, como editor, tiene que saber esto.

4) Puedo decir cuál es el que más se vendió, pero no puedo contestar cuál tuvo más aceptación. El libro juvenil, como el infantil, depende mucho de lo escolar. Si los libros no son pedidos en la escuela, no se venden o tienen una venta mínima. El libro más vendido en Argentina es *El alma al diablo*, de Marcelo Birmajer. En América Latina, en cambio, de los textos de Birmajer tuvo más venta *El*

abogado del marciano, alrededor de quince mil ejemplares el año pasado. Además, otro título que sale mucho acá es *El lunático y su hermana Libertad*, del norteamericano Paul Kropp.



5) No sé qué es leer "lo suficiente". Nadie puede saber qué es leer "lo suficiente". Mucho menos en nuestro país donde no hay políticas culturales serias y la sociedad no debate en profundidad sobre esto. Creo que los jóvenes leen más que hace veinte años atrás, cuando en la escuela no había una práctica de la lectura. Más allá de lo que hagan hoy en la escuela, de todas maneras ponen a los alumnos en contacto con libros. Creo que son los adultos los que no leen lo suficiente. Es raro lo que pasa en nuestro país: cada vez se publican más libros, se abren más librerías y estamos todo el tiempo diciendo que la gente no lee. Me parece que hay muy poca imaginación, tanto para hacer los libros como para promocionarlos. Me refiero al hecho de

que hay colecciones que no están presentadas para los jóvenes y al hecho de que no podemos escapar del circuito escolar. Hay grandes libros, que no tienen por qué circular en las escuelas y, sin embargo, dependemos de esto.

6) Hay un corrimiento hacia abajo y no hacia arriba. Los chicos de nueve o diez años que son lectores por sí solos (porque están estimulados o porque leen en la casa) están leyendo los títulos de jóvenes, porque entraron en un nivel de registro de la escritura que les permite leer libros para más grandes. Ahí aparecen autores de juvenil muy leídos como Christine Nostlinger, María Gripe o Roal Dahl. *Un crimen secundario* de Birmajer es un libro que la mayoría de las escuelas dan en séptimo grado. No hay un corrimiento hacia lectores más grandes,

porque las colecciones juveniles en la Argentina remiten mucho, todavía, al libro infantil. No hay una colección que tenga un diseño o una penetración como la colección *El Gran Angular*, que convoca a lectores de veinte años.

Nora Lía Sormani es crítica e investigadora especializada en literatura y teatro para niños y jóvenes. Miembro de la Comisión directiva de ALIJA (Asociación de Literatura Infantil y Juvenil Argentina). Escribe en la sección "Artes & Cultura" de *El Cronista* y tiene a su cargo una sección sobre cultura infantil en la revista *Ser Padres Hoy*.

1

El terreno donde crece la literatura infantil

por Ricardo Mariño

Cualquier intento de reflexionar sobre la literatura infantil que se produce en la Argentina empieza por reconocer el campo en el que tiene lugar, sobre todo porque algunas de las características centrales de esta producción tienen su explicación en la constitución misma del campo, en los roles que cumplen quienes lo forman y en cómo se arma en su interior el entramado de valores aceptados, el circuito de prestigios, el modo en que circulan los textos, etc. Tomo la noción de “campo” del sociólogo francés Pierre Bourdieu quien llama así a los espacios de relativa autoromía donde se producen objetos culturales o artísticos diferenciados. Eso supone por lo menos un agrupamiento natural de individuos —en este caso editores, autores, ilustradores, talleristas, bibliotecarios, especialistas, estudiosos—, una suma de esfuerzos en torno de una producción —la literatura infantil—, y una actitud común: desarrollar y expandir el terreno propio en la lucha de los distintos campos autónomos por conseguir mayor reconocimiento social, una “existencia” más nítida y una mayor acumulación de capital simbólico y económico.

En mi opinión, el campo de la literatura infantil se encuentra aún en su etapa constitutiva, en la que gran parte de los esfuerzos están dirigidos a su propia legitimación: todavía hay que demostrar que los textos que lo componen pertenecen al orden de la literatura y que funcionan dentro de un “mercado”. Una rápida mirada atenta a la evolución del género en las dos últimas décadas demostrará que hay terreno ganado en las dos direcciones: frecuentemente se incluye a los autores de literatura infantil en encuestas, congresos o encuentros sobre Literatura; a veces los diarios dedican algún espacio (aunque marginal) al comentario de libros para chicos; las librerías asignan espacios diferenciados,

las editoriales tienen colecciones especiales y en el ránking de “consultados” de la Feria del Libro aparecen autores de este género mezclados entre los de libros “para adultos”.

De cualquier manera, este reconocimiento es parcial, y deja al campo de la literatura infantil en una situación “suburbana” respecto al “centro” cultural. Más allá de los distintos niveles de consumo, el lugar social que se le asigna a la literatura infantil sería parecido al de la historieta, a las expresiones teatrales de la televisión, a la canción popular, a los dibujos animados y a otras formas en las que los consensos sociales admiten “talentos” particulares pero no terminan de asimilar al terreno del Arte. Finalmente, sólo la fuerza de las convenciones puede colocar en el campo del Arte a las películas de Subiela, por ejemplo, y exiliar en un lugar impreciso del mercado mediático a *Los Simpson*, sólo porque en el primer caso se trata de una película “seria” y “artística”, y en el segundo una suma de capítulos de un subgénero “para chicos”.

La situación “suburbana” y “provincial” de la literatura infantil sin duda le acarrea consecuencias importantes, negativas y positivas. No es bueno que quede al margen de la discusión literaria responsable, de toda interlocución erudita y de la inquietud

de las vanguardias; que las novedades —si es que eso existe en la literatura— le lleguen con retardo o no le lleguen, de tal forma que el naturalismo, el realismo o el surrealismo, por ejemplo, pueden convivir en ella como en un espacio atemporal y pacífico, como si el tiempo y



John Tenniel

las luchas estéticas no hubieran tenido lugar. Que los textos caigan a menudo en cierto bizarrismo, incorporaciones *kitsch* y una mirada literaria ingenua que nada tiene que ver con la presunta ingenuidad del lector a que van destinados.

Pero también, gracias a esa vida apartada, la literatura infantil queda a resguardo de la represión académica, de lo que el canon indica que debe hacerse, y muchos de sus textos se abren hacia zonas discursivas menos avaladas por la comunidad literaria. De hecho, no son pocos los libros para chicos que abordan sin complejos estructuras novedosas, que se salen de lo "literario establecido", que toman préstamos de lenguajes de la cultura masiva y de los cómics, que parodian la leyenda, la fábula, el género de terror, que se conciben como representaciones de otras representaciones. Sin duda es terreno que en el interior de este campo lo artístico y la necesaria autonomía del género ganan sobre el mercado y el imperativo histórico de "formar" al lector.

La mención de los costos y beneficios de la situación de aislamiento no puede hacer perder de vista que el gesto predominante entre los actores de este campo sigue siendo el de defensa de "nuestro campo", celebración de nuestras conquistas, esfuerzo por expandir el terreno ganado, aceptación de lo que avala la comunidad enfrascada en esta producción y —quiero remarcar esto— escasísimo espacio crítico (en relación a los textos y al propio funcionamiento de la "comunidad"). Es como si los protagonistas de este fenómeno no reconocieran del todo el rol que cada uno cubre. Señalo un solo ejemplo: los que actúan el "papel crítico" parecen creer que deben hablar bien de todos los textos (acaso porque así apoyarían mejor la causa del libro infantil argentino) y evidencian un respeto desmedido por los escritores consagrados. En distintos puntos de este fenómeno uno puede llegar a la conclusión de que la lectura "literaria" pasa siempre a un segundo plano, relegada por distintas dependencias: de los "críticos" con los "nombres", de los difusores con las editoriales, de los docentes con la noción de utilidad educativa, de los escritores con nuestros vínculos amistosos. Menos mal que están los chicos lectores.

Tal vez la situación de "campo en formación" provoca que los actores que producen y hacen circular la literatura infantil sobredimensionen la responsabilidad de esta causa común y no propicien espacios de discusión. Se multiplican los encuentros y mesas redondas, en la Feria del Libro o fuera de ella, y una y otra vez —organizado o no por escritores— el tema a debatir es el de la difusión del libro y cómo hacer para que los chicos lean más. Casi nunca hay un tema "literario" para debatir. ¿Dependencia de la literatura infantil con el mayor canal de circulación, la escuela? ¿O es que los protagonistas de la literatura infantil sienten más su pertenencia a la educación que a la literatura? Lo cierto es que —entre las necesidades del mercado y la escuela— la literatura infantil cede terreno y acepta la imposición de un techo de ideas, representaciones y contenidos posibles que le vienen desde afuera.

La literatura infantil no termina de ser autónoma res-

pecto de la escuela. La influencia de la escuela se puede advertir en el juego social que juega este campo, con sus placas de bronce que recuerdan a autores vivos, la entronización acrítica de libros y autores (que se propicia desde las bibliotecas y los escritores aceptamos con inoculable placer), la repetición de fórmulas de abordaje escolar de los libros, la circulación de los mismos valores y opiniones y el acatamiento de los mismos "prestigios", no como si se tratara de una experimentación personal, de individuo lector, tallerista o bibliotecario, sino como la aceptación de un nuevo saber progresista ineludible.

Naturalmente, la presencia de lo educativo está en los textos, y es especialmente advertible en el tipo de horizontes de representación de los libros para chicos, aunque mucho más en la llamada "literatura juvenil". El conjunto de la literatura infantil, contemporánea de la etapa democrática, apareció reaccionando contra la literatura anterior que privilegiaba los contenidos morales y se pensaba a sí misma como instrumento educativo. Creo que hay algo más que "restos" de esa posición ya que muchas veces se reemplazaron los contenidos moralizantes por textos —seguramente más entretenidos— destinados a difundir maneras de entender la vida y solucionar conflictos desde una óptica que, con cierta ironía, se podría llamar "progre". La literatura tiene distintas opciones de relación con la realidad para representarla artísticamente (sin entrar en el problema de si es posible no representarla): las dos más inmediatas son la de dar cuenta de ella tal como parece que es, y la de presentarla como debiera ser. Esta segunda opción —de indudable cuño pedagógico y paternalista— sigue pesando en la producción de textos, oculta bajo contenidos más actuales y por ello mismo invisibles, o materializada en la representación suavizada no violenta de los conflictos humanos (casi no hay delincuentes castigados, muertes, fatalidades y tristezas sin remedio) y muy frecuentemente los conflictos se resuelven hablando, entendiéndose, vale decir, una vez más, privilegiando no la representación de cómo sucede en la realidad sino cómo debiera ser. A eso habría que agregarle el predominio del ideario oficial, en el sentido de tomar como "causas" radicales a la ecología y el conservacionismo, y no a las consecuencias del clasismo salvaje de esta época, a la marginación y a la pobreza. Un pingüino empetrolado o una ballena franca austral pueden ser víctimas protagónicas, pero no un chico de una villa con padres sin trabajo. El mercado del libro infantil tiene una marcada dependencia con el mundo escolar y paga ese servicio con esfuerzos de adecuación al mundo de representaciones ideológicas potable y oficiales de los ámbitos escolares. De paso, no está de más decir que ese mundo escolar "oficial" no es asimilable a la ideología de los docentes ni a la del gremio docente; es otra cosa: una construcción superestructural más vasta e institucional, un recorte, una suma de ideas que la directora de la escuela podría defender sin entrar en conflicto con el Ministerio de Educación.

Pero en este campo se ha venido gestando una literatura. De esa literatura quería dar cuenta así que... continuará.

El sexismo en la literatura infantil

Las que no escarmientan

por Graciela Cabal

Mi abuela dividía a las mujeres en dos grandes grupos, a saber:

1. Las buenas señoras. 2. Las mujeres de vida alegre.

Mi abuela no era mujer de vida alegre. Tampoco lo eran las amigas de mi abuela. Y ninguna mujer de vida alegre pisó jamás la casa de mi abuela.

Entre los muchos defectos de las mujeres de vida alegre, mi abuela señalaba el de reírse en exceso y con la boca abierta.

No sólo eso.

Las mujeres de vida alegre, "esas brujas", sostenía mi abuela, también son de hablar por demás.

Las buenas señoras, en cambio, son de estarse calladitas ("que un profundo silencio siempre ha sido/ de las mujeres el más bello adorno..."). Y si por razones de fuerza mayor una buena señora se ve impelida a hablar, lo hará con palabritas, intercalando, cada muerte de obispo y para despistar, una que otra palabra, en cuyo caso se tratará de palabras prestadas, de ésas que se usan para decir lo que los demás quieren que una diga. Y nunca, jamás, por ningún motivo, se aventurarán por los caminos de las cosas sin nombre. Porque detrás de las cosas sin nombre —decía mi abuela— acecha, agazapada, la locura...

Para combatir la locura de las mujeres, mi abuela tenía infalibles recetas que la hicieron famosa en el mundo entero e incluso en el barrio de Monserrat, y que consistían, básicamente, en el cumplimiento de rituales domésticos. Como ser, ir y venir por ámbitos cerrados, siempre portando un objeto simbólico —en ocasiones dos—: que un balde, que una escoba, que un balde y una escoba, que una pila de platos con restos de comida, etc. Lo que no tendría na-

da de novedoso para un ama de casa común y corriente. Pero el secreto de mi abuela, que recién ahora, después de muchos años, me animo a revelar, residía en las atractivas variantes que ella introducía en los rituales, cosas de hacer volar la imaginación, de dar rienda suelta a la creatividad, como aconsejan hoy las revistas femeninas y los programas de la tele. Un suponer: transportar la pila de platos sucios con los ojos cerrados y entonando una vieja balada irlandesa, o atravesar el patio sorteando un día las baldosas negras, otro día las blancas, y así.

—Pero hay mujeres que no escarmientan —se indignaba mi abuela (y la vena de la frente entraba a latirle)—, y quieren hablar y adueñarse de las palabras, de todas. ¿Saben estas mujeres a qué peligros se exponen?

—A que les laven la boca con jabón de perro y lavandina;
—a que las acusen de embrollonas, histéricas, locas, cotorras;
—a que las arrastren de los pelos hasta los últimos cuartos de los caserones o de los frenopáticos y allí las dejen encerradas;
—a que las quemen en la hoguera.
—¿Pero abuela! —protestaba yo, que era brujita aunque mucho no se me notara—. ¡Quien dice hablar dice escribir! Y yo, cuando sea grande, quiero ser escritora...

Entonces mi abuela, que era buena y me consentía —yo era la nieta preferida de mi abuela, además de ser la única—, me sentaba en la falda, me daba pan con ajo —remedio infalible contra las lombrices y los malos pensamientos—, y me decía que si yo quería ser escritora, que fuera escritora... Siempre y cuando solamente escribiera para chicos. Porque los libros para chicos, decía mi abuela, son cosa de buenas señoras, de madres, de maestras. Y se escriben sin pala-

AUTO: JOSÉ COSTA LEITE
A Mulher Que Botou Xifre no Diabo



"Tenemos un perro para vigilar la casa, un cerdo que también es útil. Tenemos un gato para atrapar un ratón. ¿Pero qué podemos hacer con una niña como tú?"
(Poema chino)

bras. Nada más que con palabritas se escriben...

Con el correr de los años pude comprobar que eso que pensaba mi abuela también lo pensaban muchas otras personas: no solo madres y padres sino también maestros, sicopedagogos, especialistas en literatura infantil y hasta supuestos escritores.

La literatura infantil se escribiría con palabritas y se ilustraría con dibujitos. Porque sería como literatura de mentirita. Y cuanto más chiquitos fueran los destinatarios, más diminutas serían las palabritas. Palabritas bonitas, eso sí. De buen gusto. Pocas palabras. Y nada de palabrotas.

Igualito a mi abuela.

Por eso los cuentos de hadas nos hablan de los terribles tormentos a que son sometidas las charlatanas. Recuerdo uno: cada vez que la niña de la historia intenta decir algo, por el lugar del pecado empiezan a asomarle pequeños tentáculos, patitas peludas, horribles alimañas...

Es de suponer que la gravedad del castigo tiene que ver con que la niña, la mujer, que hablan demasiado, pierden tiempo y energía. Tiempo y energía que les son imprescindibles para cumplir con eficiencia las tareas domésticas.

Pero resulta que la condena al silencio es, de alguna manera, una condena a muerte. Porque la palabra es vida (si no hablo me muero, si no hablo reviento). Y hablar es el principal modo de autoafirmación. Y se piensa porque se habla.

Por eso las brujas somos de hablar. Y no acostumbramos a pedir **por favor** la palabra. Ni tampoco la cedemos tan fácilmente. Y nos gusta y nos di-



vierte inventar nuevas palabras, antes de que venga otro y lo haga por nosotras. Y también nos gusta volver a la vida a las palabras que han quedado secas y vacías de tanto mal uso, y desenmascarar aquellas, de carita inocente, pero que han sido creadas para confundir a las buenas personas.

Claro que tomar la palabra, animarse a decir esta boca es mía, implica riesgos, como bien sostenía mi abuela.

Pero ocurre que las brujas, acostumbradas como estamos a vivir en los filos de las navajas o en las cuerdas flojas, desafiando las primaveras sagradas y ahondando los vértigos de la sinrazón —que de eso se trata, al

fin de cuentas la literatura, toda, también la llamada “infantil”—, no nos asustamos de los riesgos. Porque ya aprendimos, hace mucho, que no hay nada tan imperdonable como “perder la vida por delicadeza” (1)

(Graciela Beatriz Cabal, en *Mujercitas ¿eran las de antes? y otros escritos*. (El sexismo en los libros para chicos), Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1998. Colección La Llave.)

1. Par délicatesse j'ai perdu ma vie (Arthur Rimbaud)

Graciela Beatriz Cabal nació en Buenos Aires en 1939. Es profesora de letras y fue presidenta de ALIJA entre 1993 y 1995. Es autora de *Cosquillas en el ombligo*, *Carlitos Gardel*, *Las rositas*, *Historieta de amor y Barbapedro*, entre otras obras.

CONCURSO COLIHUE - LA MOVIDA de novela juvenil

Ediciones Colihue, a través de su colección “**La Movida**”, llama a un concurso de novela juvenil a escritores de habla hispana de cualquier edad y nacionalidad, radicados o no en la Argentina. Las obras deberán tener en cuenta, en su horizonte de lectura, a adolescentes de 12 a 17 años. El plazo de

entrega de los trabajos (que han de ser inéditos) es hasta el 31 de octubre de 1998. El primer premio consiste en la publicación de la obra y un pago de \$ 10.000 y el segundo también en su publicación y \$ 3.000. Bases e informes en Colihue: Av. Díaz Vélez 5125, tel.: 958-4442

Los estereotipos en los libros *no sexistas* para niños

Un análisis de la literatura infantil que leen los niños y las niñas hoy nos proporciona una panorámica muy distinta de los primeros análisis que sobre el sexismo en la literatura infantil se realizaron hacia 1971, en la Universidad de Princeton de Nueva Jersey. Un grupo de profesoras feministas analizó quince colecciones de libros para niños. Su estudio reveló que los niños eran protagonistas de 881 cuentos, mientras que las niñas lo eran de 344. Su conclusión final destacaba que desde la escuela primaria los niños aprenden que los varones (todos) son dominadores, activos, organizados y creativos, y que las niñas (todas) son pasivas, ordenadas, intuitivas y deseosas de agradar.

A este grupo de investigadores se unieron otras profesoras de la Universidad de Nueva York y, después de analizar un total de mil libros para niños, editaron una especie de *Índice de libros prohibidos*, que enviaron a una mayoría de las bibliotecas públicas y las escuelas de Estados Unidos. De los 1.000 libros analizados, sólo se salvaban de un sexismo escandaloso el 20%; un total de 200 libros.

Diez o doce años después, en nuestros días, las niñas son casi protagonistas mayoritarias de las historias literarias, pero esta presencia no indica la aparición de una nueva valoración de lo femenino, sino la asunción, por parte de las niñas, de los "valores" masculinos dominantes. Así, éstas aparecen haciendo cosas que normalmente suelen hacer los niños. En un libro de Christine Nöstlinger, *Rosalinde tiene ideas en la cabeza* (el título es significativo de la "buena intención" de la autora), el personaje femenino, Rosalinde, reclama la igualdad de derechos, desde la valoración de profesiones consideradas como masculinas, porque implican decisión, pensamiento lógico, valor y gusto



¿Los nuevos libros no sexistas para niños presentan una auténtica valoración de lo femenino o sólo una asunción, por parte de las protagonistas, de los "valores" masculinos dominantes? ¿Cómo leen, los niños y las niñas estos libros no sexistas? En este trabajo, la especialista española Felicidad Orquín expone sus conclusiones.

por Felicidad Orquín Lerín

por la aventura. Por ello, reivindica elegir entre conductora de camión, astronauta, ingeniera, operaria de excavadora o periodista deportiva y rechaza explícitamente profesiones consideradas como femeninas: maestra, enfermera, mecanógrafa o peditra, despojándolas de sus valores positivos de protección y cuidado de las personas. Este recurso narrativo puede ofrecer a las niñas nuevas posibilidades de imaginar un arco iris más amplio de profesiones pero también puede alienarlas al pretender imponerles otro orden de valores que no pasa por la búsqueda del significado de ser mujer, por la autovaloración, por la emergencia de valores de la cultura femenina que deben hacerse universales, es decir, asumibles también por los niños, por los varones. Sólo un profundo estudio del sentido de los conceptos "igualdad" y "diferencia", de los valores masculinos y femeninos, sin los estereotipos del género, posibilitará que se produzca un cambio significativo hacia un orden social carente de discriminación.

Creo personalmente que nos encontramos ante un *contraataque*, más que ante un avance realmente cualitativo. Un análisis de los nuevos estereotipos que aparecen en los libros considerados como *no sexistas* nos enfrenta a dos interrogantes. La primera es la ambigüedad existente entre *texto* y *subtexto*, como si sólo se tratara de eliminar la cara negativa de la feminidad: fragilidad, emotividad, pasividad, obsesión por presentar buena apariencia; y la cara negativa de la masculinidad: agresividad, rudeza, competitividad, sin poner en cuestión la relación existente entre las personas (entre adultos, entre niños o entre adultos y niños) y su entorno social; sin conceptualizar tampoco las actitudes y expectativas que introducen la desigualdad y jerarquización por razón del género.

En segundo lugar, nos preguntamos: ¿cómo leen los niños y las niñas estos cuentos no sexistas? Disponemos de pocos estudios sobre la recepción por parte

del lector de esas obras, pero no podemos olvidar que los niños y las niñas quieren tener siempre el "género correcto", es decir, aquel que está vigente en su sociedad, o lo que es lo mismo, aquel que refleja más abusivamente los estereotipos de lo femenino y lo masculino, ya que el *género* no es nada más, ni nada menos, que un conjunto de normas sociales que define capacidades y comportamientos diferenciados según el sexo. Muchas niñas quieren ser chicos, la literatura presenta abundantes ejemplos, pero muy pocos chicos desean ser niñas. El prestigio social está claramente escorado hacia

los "valores" masculinos, y si no se produce la identificación deseada con esos protagonistas, portadores de otros modelos de comportamiento, es porque muchos lectores están profundamente en desacuerdo con la tesis del autor, y aunque otros lectores estén secretamente de acuerdo con el autor, temen asumir personalmente otros roles, porque temen ser diferentes. Quizá, la máxima virtud de estos libros no sexistas sea fomentar el debate y, sobre todo, "dar nombre" al problema del sexismo, *hacerlo visible*.

Dos libros de Babette Cole, traducidos al castellano, *La princesa listilla* y *El príncipe Ceniciento*, pueden ser paradigmáticos de la ambigüedad entre texto y subtexto, entre lo que el autor dice, lo que el texto o la imagen expresa y la lectura que hace el lector del texto. En este caso concreto, mi propia lectura del texto.

En *La princesa listilla*, la protagonista aparece en la cubierta del libro vestida de cuero negro, con altas botas negras también, conduciendo una imponente moto. La imagen es la de una joven supermoderna, dinámica, nada convencional, el personaje ideal de un libro no sexista. Pero una vez abierto el libro, ya en la primera página, el lector se encontrará con una indolente princesa que tumbada en el suelo mira atentamente la televisión, mientras va vaciando una caja de bombones. Un gran desorden impera en la habitación: tazas, calcetines, pasteles mordidos, latas, cáscaras de frutas... se amontonan en el suelo. Acompañan a la princesa un perro, un gato, un caballo y dos cachorros de dinosaurios. El texto, muy escueto, informa que la princesa no se quería casar porque vivía muy bien soltera.

Sólo estas dos imágenes proporcionan ya un material interesante para nuestro estudio. En primer lugar, es evidente la ambigüedad del mensaje. Por un lado, se presenta al personaje en un espacio público, externo, y se transmite aventura, ries-

Sólo un profundo estudio del sentido de los conceptos "igualdad" y "diferencia" de los valores masculinos y femeninos, sin los estereotipos del género, posibilitará que se produzca un cambio significativo hacia un orden social carente de discriminación.

go, valor. Por otro, lo encontramos en un espacio privado de una tópica domesticidad, y se transmite pasividad y glotonería.

La princesa no se quiere casar, pero no parece tener un proyecto de vida propio; en realidad sólo quiere vivir en el castillo (con sus padres, los reyes) y jugar con sus animales mascotas. Si el destino de las princesas es casarse, y por extensión el de todas las niñas, en este libro la transgresión de ese mandato no supone libertad para ser lo que se quiera ser, la realización personal sin la tiranía normativa del género —que sería el mensaje no sexista—, sino

la permanencia en el ámbito tranquilizador de la infancia.

Y la princesa, que corría veloz en su *motocross*, aparece al final del libro tumbada en una hamaca al sol. En el libro se cumplen las funciones que marcan los cuentos de hadas tradicionales y los pretendientes deben someterse a una serie de pruebas, pero estos príncipes resultan totalmente incompetentes. Sólo uno de ellos será más listo y hábil que la princesa y superará con ventaja todas las pruebas, así que ésta, vencida, no tendrá más remedio que utilizar la magia y convertirlo en sapo.

Esta es, pues, una victoria pírrica y un tanto deshonesto. Muchas lectoras y lectores infantiles se preguntarán por qué la princesa listilla no quiere por compañero a un príncipe tan dotado, tan igual a ella. Sin duda, es un nuevo estereotipo el presentar estas niñas falazmente independientes, y sirva como ejemplo comparativo la mención de dos cuentos de Adela Turin, *Arturo* y *Clementina* y *La chaqueta remendada*, donde se plantean unas situaciones problemáticas que son resueltas verazmente desde una perspectiva no sexista.

En *El príncipe Ceniciento* se utiliza la fórmula de la inversión de papeles que habitualmente se hace desde la hegemonía de los valores masculinos —en donde las niñas asumen, sin más, actitudes y comportamientos considerados propios de los varones— pero que en este libro se hace desde la asunción del papel de la Cenicienta por un varón.

Afortunadamente, la persona no se constituye de una vez por todas y más bien se va reconstituyendo a través de una gran variedad de experiencias y actitudes. La constitución del yo es de naturaleza progresiva. Por ello, la experiencia literaria no sexista puede ayudar a las niñas y a los niños a conformar una personalidad no limitada y empobrecida por los estereotipos del género.

Felicidad Orquín Lerín es escritora, crítica e investigadora de la literatura infantil. Ha dirigido diversas colecciones en editoriales de España e impartido clases de literatura a docentes. Actualmente, es directora de la sede madrileña de la Fundación Sánchez Ruipérez. El presente texto fue tomado de su ponencia en el 24º Congreso Internacional del IBBY, realizado en octubre de 1994.

Berenice

por Tove Jansson

Un verano Sofía tuvo su propia invitada, su primera amiga, quien vino a visitarla. Era una amiga bastante reciente, una niña cuyo pelo Sofía había admirado. Se llamaba Herdice Evelyn, pero todos la apodaban Pipsan.

Sofía explicó a su abuela que Pipsan temía que le preguntaran su verdadero nombre y en realidad tenía miedo de todo, de modo que había que tener mucho cuidado con ella.

Ambas decidieron no asustar a Pipsan, por lo menos al principio, con cosas que nunca había visto antes. Cuando llegó, Pipsan no llevaba ropa apropiada y tenía zapatos con suela de cuero. Era demasiado bien educada y sumamente tranquila y tenía un pelo tan hermoso que dejaba a todos sin aliento, de admiración.

—¿No es bonito? —murmuró Sofía—. Tiene rizos naturales.

—Muy bonito —convino abuela.

Las dos se miraron e hicieron un gesto con la cabeza, al que Sofía agregó un suspiro.



—He decidido ser su protectora —anunció—. ¿No podríamos formar una sociedad secreta para ser sus protectoras? La única lástima es que “Pipsan” no suena como un nombre aristocrático. Abuela propuso llamar a la niña Berenice, desde luego, sólo dentro de la sociedad secreta. Berenice era una reina renombrada por sus cabellos y también una constelación.

Rodeada por esta imaginaria secreta y a la vez objeto de largas y serias conversaciones, Pipsan vagaba por la isla, niña menuda y tímida en un grado

inusual a quien no era posible dejar sola. En consecuencia, Sofía estaba siempre de prisa. No se atrevía a dejar sola a su invitada durante más de unos pocos minutos.

Abuela estaba recostada en el cuarto de huéspedes al fondo de la casa cuando la oyó venir. Sofía subía sin aliento las escaleras y por fin entró con violencia en el cuarto y se sentó sobre la cama.

—Va a volverme loca —susurró—. No quiere aprender a remar porque tiene miedo de salir



en el bote. Dice que el agua está demasiado fría. ¿Qué vamos a hacer con Berenice?

Sostuvieron un breve conciliábulo, sin llegar por el momento a ninguna decisión, al cabo del cual Sofía salió corriendo.

El cuarto de huéspedes era una adición tardía a la casa y por lo tanto tenía carácter propio. Estaba fuertemente apretado contra la

construcción original y ello hacía que la pared interior estuviese recubierta de alquitrán. Sobre esta pared estaban colgadas las redes, junto con anillas de amarre, sogas y otros artículos que

podrían venir bien y siempre habían estado colgados allí. El techo, continuación del techo principal, era muy empinado y el cuarto se apoyaba sobre pilotes, debido a que la roca sobre la cual descansaba la casa caía en forma vertical sobre lo que antes había sido un pantano entre el edificio y la pila de leña. Afuera había un pino que limitaba las dimensiones del cuarto de huéspedes a un área no mucho más larga que la que ocupa una cama. En efecto, no era más que un corredor corto, pintado de azul, con la puerta y los barriles de clavos en un extremo y la ventana que era demasiado grande en el otro. La ventana era grande porque había sobrado, y estaba inclinada sobre un lado por culpa del techo. La cama era blanca, con adornos en azul y oro. Debajo del cuarto de huéspedes guardaban leña, cajas de cartón vacías, picos y palas, latas de alquitrán, nafta y productos para conservar la madera, además de viejas cajas con cebos y otros artículos diversos que aún servían y por lo tanto no convenía desechar. En otros términos, el cuarto de huéspedes era un lugar muy agradable, bastante distinto del resto de la casa. Los detalles no importan, en realidad.

Abuela volvió a su libro y olvidó, más o menos, lo que se refería a Berenice. Desde el

sudoeste soplaba sin cesar un viento de verano que susurraba con pereza en torno de la casa y sobre toda la isla. Llegaba a oír el informe sobre el tiempo en la radio, en otro punto de la casa. Una cuña de luz solar entró poco a poco a lo largo del alféizar.

Sofía golpeó en la puerta y entró.

—Está llorando —dijo—. Tiene miedo a las hormigas y cree que están en todas partes. Todo el tiempo levanta los pies, así, así, y los golpea y llora. Tiene miedo de quedarse quieta. ¿Qué vamos a hacer con ella?

Decidieron sacar a Berenice a pasear en el bote, donde no había hormigas, y de este modo llevarla por la persuasión de un temor mayor a otro menor. Abuela volvió a enfrascarse en su libro.

Junto al pie de la cama había un bonito cuadro de un ermitaño. Era una reproducción en colores sobre papel lustroso y la habían recortado de un libro. Mostraba un desierto sumido en la penumbra, nada, salvo cielo y tierra árida. En el centro había un ermitaño leyendo, tendido en su cama. Estaba en una especie de carpa abierta, y junto a sí tenía una mesa de luz con una lámpara de aceite. Todo el espacio ocupado por la carpa, la cama, la mesa y el círculo de luz era apenas mayor que el hombre mismo. Más lejos, en la semioscuridad, se distinguía la silueta imprecisa de un león tendido. Sofía lo hallaba amenazador, pero abuela creía, en cambio, que estaba allí para proteger al ermitaño.

Cuando soplaba el viento del sudoeste, los días parecían sucederse sin ningún tipo de cambios ni sucesos. Día y noche había el mismo soplo de viento parejo y pacífico. Papá trabajaba sentado a su escritorio. Las redes eran mojadas y escurridas, y luego entradas. Todos se desplazaban por la isla realizando sus tareas, tan naturales y obvias que nadie hablaba de ellas, ya fuese en busca de elogio o bien de comprensión.



No era más que el mismo verano largo, siempre el mismo, y todo vivía y crecía según su propio ritmo. La llegada a la isla de la niña Berenice –llamémosla por su nombre secreto– acarrearba complicaciones que nadie había previsto. Nunca habían caído en la cuenta de que aquella casa despreocupada de la isla era, en realidad, una unidad indivisible. La forma distraída de vivir de la familia, conforme con el ritmo pausado del verano, nunca había contemplado la presencia de una invitada y nadie veía que la niña Berenice temía más a sus miembros que al mar y a las hormigas y al viento entre los árboles durante la noche.

Al tercer día, Sofía entró en el cuarto de huéspedes y dijo:

–Bien, se acabó. Es imposible. Conseguí que se zambullera, pero no sirvió para nada.

–¿Se zambulló de verdad? –preguntó abuela.

–Sí, se zambulló. Le di un empujón y se zambulló.

–Comprendo. Y luego, ¿qué pasó?

–Su pelo no soporta el agua salada –explicó Sofía con tristeza–. Le quedó horrible. Y el pelo era lo que más me gustaba de ella.

Abuela apartó la frazada, se levantó y tomó su bastón.

–¿Dónde está?–preguntó.

–En el plantío de papas.

Abuela atravesó la isla en dirección al plantío de papas. Quedaba a poca distancia del agua, en un sector protegido por rocas y recibía el sol todo el día.

Siempre plantaban una variedad de papas tempranas que provenían de semillas en el lecho de arena y luego las cubrían con una capa de algas marinas. Las regaban con agua salada y las plantas daban papas limpias, pequeñas y ovaladas, con un brillo sonrosado. Berenice estaba sentada sobre una piedra, semiculta debajo de las ramas de un pino. Abuela se sentó cerca y comenzó a cavar con una pala



corta. Todavía eran muy chicas las papas, pero de todos modos excavó una docena.

–Esto es lo que haces –dijo a Berenice–. Plantas una grande y se convierte en muchas papas chicas. Y si esperas, estas papas chicas se vuelven grandes.

Berenice le dirigió una mirada rápida por debajo del pelo revuelto y en seguida desvió los ojos. No le interesaban las papas, ni la gente ni nada.

“Si sólo fuera un poco más grande, pensó abuela. En lo posible, bastante más grande, para poder decirle yo que comprendo qué terrible es. Aquí llegas tú, de pronto, y caes dentro de un grupo donde todos vivieron siempre juntos, donde todos tienen el hábito de moverse en círculos, el uno respecto del otro, en un terreno que conocen y comprenden y que les es propio, y donde cada amenaza a todo aquello que les es familiar sólo los vuelve más compactos aún y más seguros de sí mismos. Una isla puede ser algo aterrador para quien llega de afuera. Todo es un algo completo, y todos tienen su lugar propio, obstinado, seguro y autónomo. Dentro de sus casas, todo funciona conforme con rituales duros como la roca, a fuerza de ser repetidos, y al mismo tiempo todos se desplazan a través de sus jornadas en forma tan despreocupada y serena como si el mundo terminara en el horizonte.”

Abuela pensó en todo esto con tanto ensimismamiento que olvidó las papas y a Berenice. Miró a lo lejos, sobre la costa golpeada por el viento, hacia las olas que azotaban la isla en ambos lados y por fin se unían y avanzaban hacia tierra firme, aquel paisaje extendido y azul de olas que se esfumaban, dejando tan sólo una pequeña estela de aguas tranquilas tras ellas. Un barco pesquero adornado por grandes bigotes blancos atravesaba en aquel momento la bahía.

–¡Mira, mira!–dijo abuela–. Allá va un



barco.

Se volvió, buscando a Berenice, pero la niña estaba ya completamente oculta detrás de un árbol.

—¡Mira, Berenice! —volvió a decirle abuela—. Aquí vienen unos hombres malos. Es mejor que nos escondamos.

Con cierta dificultad ella misma se arrastró debajo del pino.

—¿Ves? —susurró—. Allí están. Ya vienen. Es mejor que me sigas a un lugar más seguro.

Comenzó entonces a reptar por la superficie de piedra con Berenice detrás, ambas a gran velocidad. Lograron llegar con trabajo hasta el pantano con zarzos de mirtilo y luego a una depresión cubierta por matas de mimbre. El suelo estaba mojado, pero no era inútil.

—Apenas nos salvamos —dijo abuela—, pero por el momento estamos seguras.

Observó la expresión del rostro de Berenice antes de añadir:

—Quiero decir que estamos a salvo. Jamás nos encontrarán aquí.

—¿Por qué son malos? —murmuró Berenice.

—Porque vienen a molestarnos —repuso abuela—. Nosotros vivimos aquí, en esta isla, y la gente que viene a molestarnos no debería venir.

El barco pesquero pasó frente a ellas. Sofía las buscaba, sin hallarlas. Las buscó durante media hora y cuando por fin las encontró, estaban fastidiando sin el menor escrúpulo a unas ranitas, lo cual hizo enojar a Sofía.

—¿Dónde estaban? ¡Las busqué por todas partes!

—Nos escondimos —le dijo abuela.

—Nos escondimos —repitió Berenice—. No queremos que nadie venga a molestarnos —al decir esto se acercó mucho a abuela y miró con fijeza a Sofía.

Y Sofía no repuso, sino que se volvió bruscamente y salió corriendo.

La isla se encogió y se le antojó llena de gente. A donde quiera que fuese, tenía



conciencia de la presencia de ellas.

Quería mantenerse alejada, pero en el instante en que desaparecían se sentía impulsada a buscarlas, para poder luego volver a fingir que ignoraba su presencia.

Después de un rato abuela se cansó y comenzó a subir la escalera al cuarto de huéspedes.

—Voy a leer un poco —dijo—. Vé a jugar con Sofía.

—No —dijo Berenice.

—Pues, en ese caso, juega sola.

—No —repitió Berenice. Volvía a sentir miedo.

Abuela trajo un bloque de papel y un lápiz negro y los puso sobre un escalón.

—Dibuja algo —le dijo.

—No sé qué voy a dibujar.

—Dibuja algo horrible —le sugirió abuela, que estaba ya realmente cansada—.

Dibuja la cosa más horrible que se te ocurra y tómate el mayor tiempo posible.

Dicho esto cerró la puerta con pestillo, se acostó en la cama y se cubrió hasta la cabeza con las mantas. El viento del sudoeste murmuraba con voz apacible, muy lejos, desde el mar, y envolvía el corazón íntimo de la isla, el cuarto de huéspedes y la pila de leña.

Sofía llevó la caja de cebos hasta la ventana, trepó sobre ella y dio tres golpes largos y tres cortos sobre los vidrios.

Cuando apareció abuela de entre sus frazadas y abrió la ventana apenas, Sofía le informó que se había marginado de la sociedad.

—¡Esa Pipsan! —dijo—. No me interesa. ¿Qué está haciendo?

—Está dibujando. Está dibujando la cosa más horrible que se le ocurre.

—No sabe dibujar —dijo Sofía con vehemencia—. ¿Le diste mi bloque?

¿Por qué tiene que dibujar?

La ventana se cerró de un golpe y abuela volvió a acostarse. Sofía volvió tres veces, cada una de ellas con un dibujo horrible que pegó sobre la ventana



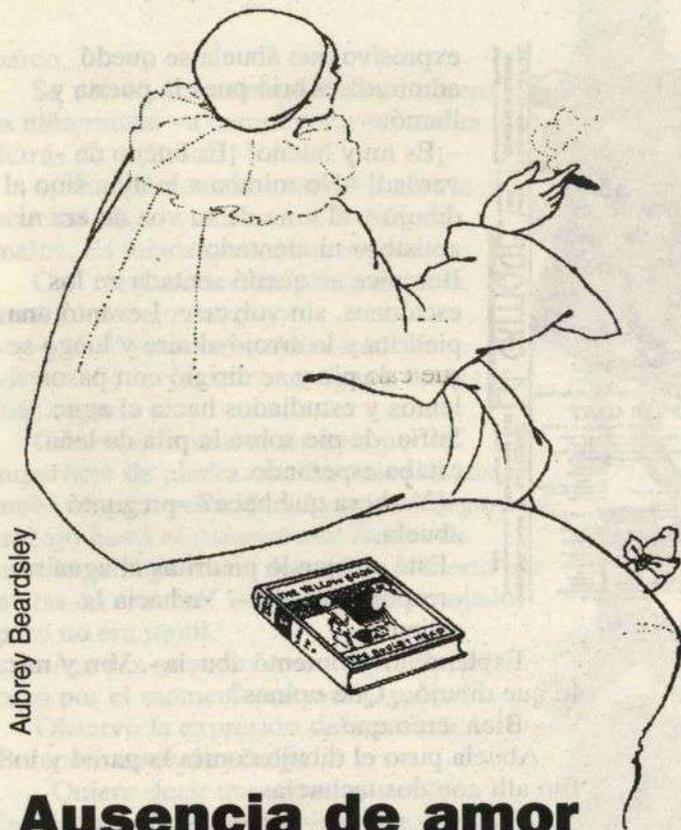
que miraba al cuarto de huéspedes. El primero mostraba una niña con pelo muy feo que estaba de pie dando alaridos, mientras unas hormigas enormes le caminaban por el cuerpo. El segundo mostraba a la misma niña en el momento en que le golpeaban la cabeza con una piedra. El tercero era una imagen más general de un naufragio, del cual abuela sacó la deducción que Sofía había descargado ya su enojo. Cuando abrió el libro y por fin halló la página, vio deslizarse un papel por el resquicio debajo de la puerta.

El dibujo de Berenice era excelente. Lo había hecho con una especie de furia empeñosa y representaba a un personaje con un agujero negro en lugar de cara. El personaje en cuestión avanzaba con los hombros encogidos. Tenía brazos largos que eran más bien alas ondeadas como las de un murciélago. Partían del cuello y se arrastraban por ambos costados hasta el suelo, formando así un sostén, o quizás un obstáculo para el cuerpo sin esqueleto, apenas esbozado. Era un dibujo tan horrible y a la vez tan

expresivo que abuela se quedó admirada. Abrió pues la puerta y llamó:
 –¡Es muy bueno! ¡Es bueno de verdad! –No miraba a la niña sino al dibujo y el tono de su voz no era ni amistoso ni alentador.
 Berenice se quedó sentada en los escalones, sin volverse. Levantó una piedrita y la arrojó al aire y luego se puso de pie y se dirigió con pasos lentos y estudiados hacia el agua. Sofía, de pie sobre la pila de leña, estaba esperando.
 –¿Y ahora qué hace? –preguntó abuela.
 –Está arrojando piedritas al agua –respondió Sofía–. Va hacia la saliente.
 –Espléndido –comentó abuela–. Ven y mira lo que dibujó. ¿Qué opinas?
 –Bien, creo que...
 Abuela puso el dibujo contra la pared y lo fijó allí con dos tachuelas.
 –Es muy original –comentó–. Y ahora, dejémosla en paz.
 –¿Dibujas bien? –preguntó Sofía con voz lúgubre.
 –No. Diría que no. Probablemente es una de esas personas que hacen bien las cosas una sola vez y se acabó.

(Ilustraciones Edvard Munch)

Tove Jansson nació en Helsinski, Finlandia, en 1914, hija del famoso escultor Viktor Jansson. Atraída primero por la pintura, se dedicó más tarde a escribir ficción y a ilustrar sus propios libros. Ganó fama mundial con su saga sobre los extraños y divertidos habitantes del Valle Mumín. Varios libros de esta serie –*Memorias de papá Mumín*, *Una noche de San Juan bastante loca*, *La llegada del cometa*, *La niña invisible*– se conocieron en la Argentina a través del sello Alfaguara. La andanzas de Mumintröll y su familia también se difundieron en historieta con dibujos de la autora. Ganó el premio Nils Holgerson de la Academia Sueca y el Hans Christian Andersen. El texto seleccionado por **La Mancha** pertenece a *El libro del verano*, una breve, notable novela para lectores de toda edad. Está tomado de una edición hecha por Sudamericana en 1977 –con muy buena traducción del inglés de Lucrecia Moreno de Sáenz– hoy prácticamente inhallable. Actualmente *El libro del verano* circula en traducción española bajo el sello Siruela.



Aubrey Beardsley

Ausencia de amor

Cómo será pregunto.
 Cómo será tocarte a mi costado.
 Ando de loco por el aire
 que ando que no ando.

Cómo será acostarme
 en tu país de pechos tan lejano.
 Ando de pobrecristo a tu recuerdo
 clavado, reclavado.

Será ya como sea.
 Tal vez me estalle el cuerpo todo lo que he
 esperado.
 Me comerás entonces dulcemente
 pedazo por pedazo.

Seré lo que debiera.
 Tu pie. Tu mano.

(Juan Gelman, argentino, 1930.
 De *El juego en que andamos*)

Poesías

1964

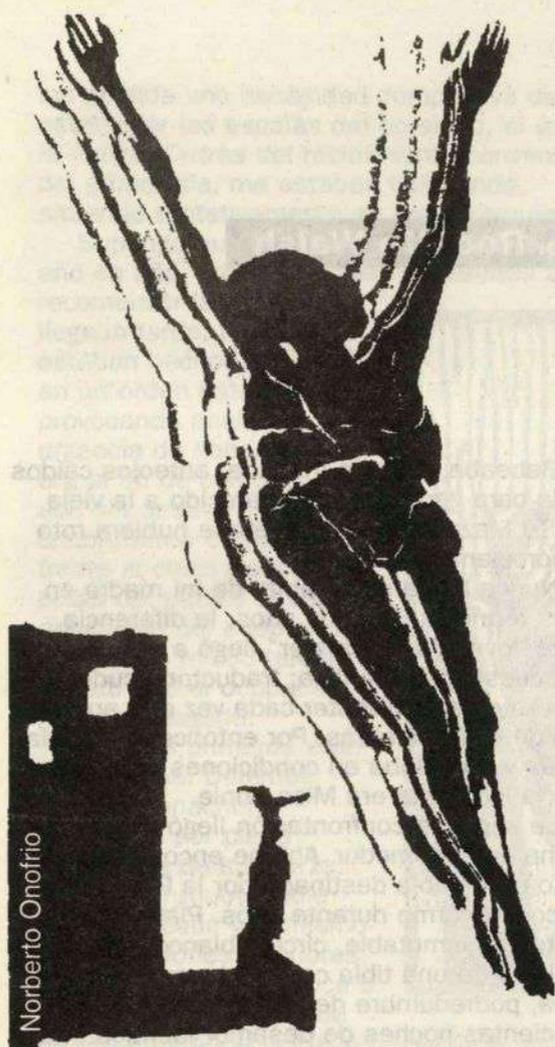
I

Ya no es mágico el mundo. Te han dejado.
 Ya no compartirás la clara luna
 Ni los lentos jardines. Ya no hay una
 Luna que no sea espejo del pasado.
 Cristal de soledad, sol de agonías.
 Adiós las mutuas manos y las sienes
 Que acercaba el amor. Hoy solo tienes
 La fiel memoria y los desiertos días.
 Nadie pierde (repites vanamente)
 Sino lo que no tiene y no ha tenido
 Nunca, pero no basta ser valiente
 Para aprender el arte del olvido.
 Un símbolo, una rosa te desgarró
 Y te puede matar una guitarra.

II

Ya no seré feliz. Tal vez no importa.
 Hay tantas otras cosas en el mundo:
 Un instante cualquiera es más profundo
 Y diverso que el mar. La vida es corta
 Y aunque las horas son tan largas, una
 Oscura maravilla nos acecha,
 La muerte, ese otro mar, esa otra flecha
 Que nos libra del sol y de la luna
 Y del amor. La dicha que me diste
 Y me quitaste debe ser borrada;
 Lo que era todo tiene que ser nada.
 Sólo me queda el goce de estar triste,
 Esa vana costumbre que me inclina
 Al Sur, a cierta puerta, a cierta esquina.

(Jorge Luis Borges, argentino, 1899-1986.
 De *El otro, el mismo*)



El negro contento

Era un negro muy negro y flaco muy flaco.
Sus piernas largas terminaban en pies anchos como la
hoja de una planta del país

No tenía nada.

No tenía novia.

No tenía madre.

Ni madrina.

Ni goma de mascar. No tenía nada.

Entonces, ¿qué tenía?

¿Por qué reía, por qué cantaba?

¿Negro contento!

¿Qué negro contento!

¡Cómo tocaba con sus dedos finos, largos, veloces y
negros ese negro contento!

¿Qué tocaba?

¿Un tambor?, no; ¿una guitarra?, no; ¿un banjo?, no.

No, no, no.

Bailaban sus dedos vertiginosamente en un pequeño
cajón de lustrabotas.

¿Qué negro aquel!

Daba gusto oírlo, la tonada era alegre, movía los
hombros, movía la cabeza, movía

los ojos, movía los pies.

No tenía nada.

Estaba contento.

¿Qué negro contento!

(Raúl González Tuñón, argentino, 1905-1974.

De *Los melancólicos canales del tiempo*)

La de los ojos abiertos

la vida juega en la plaza
con el ser que nunca fui

y aquí estoy

baila pensamiento
en la cuerda de mi sonrisa

y todos dicen esto pasó y es

va pasando
va pasando
mi corazón abre la ventana

vida
aquí estoy

mi vida
mi sola y aterida sangre
percute en el mundo

pero quiero saberme viva
pero no quiero hablar
de la muerte
ni de sus extrañas manos.

(Alejandra Pizarnik, argentina,
1936-1972. De *La última inocencia*)

Poesías

El 37

por **Rodolfo Walsh**

El 36 fue el año de la caída. Empezó con un remate y terminó con un éxodo, una secreta ola de pánico.

Mi padre había tenido la poca suerte de establecerse por su cuenta en plena crisis. En 1932 dejó un puesto de mayordomo de estancia en Río Negro por una chacra arrendada en Juárez y una casa alquilada en el pueblo. La razón de esa mudanza éramos nosotros, los cuatro hijas que seríamos cinco al nacer mi hermana. Había que educarnos: la exigencia, que él aceptó sin entusiasmo, era de mi madre. En cuatro años estábamos en la ruina. Ahí fue el remate y la mudanza casi furtiva al Azul, donde acabaron con lo que quedaba, el piano, el auto.

Fue muy brusco todo eso. Apenas tuvieron tiempo de ponernos en seguridad. Mis dos hermanos mayores fueron a casa de la abuela en Buenos Aires; la más chica se quedó con ellos en una pensión de la calle Moreno; con nosotros no sabían qué hacer. Héctor tenía ocho años, yo, diez. Alguien les dijo que en Capilla del Señor había un colegio irlandés para huérfanos y pobres. Nos llevó mi padre. Recuerdo el día: 5 de abril de 1937.

Los cambios fueron tan rápidos, violentos, que hasta hoy me asombran. Todo estaba mal, absurdo, equivocado. La primera dificultad surgió con el vestuario que mi madre había reunido precipitadamente, gastando sus últimos pesos. La lista del colegio decía "overalls"; ella entendió, compró, mamelucos grises en lugar de guardapolvos. Cuando Miss Annie, la encargada del dormitorio, nos llamó a su oficina, la encontramos bufando de ira y desprecio junto a las valijas abiertas.

—¡Pero qué bruta! —repetía—. ¡Pero qué analfabeta!

Babeaba, boquita fruncida, anteojos caídos en la cara gacha, lo más parecido a la vieja del Té Mazawattee si la nieta le hubiera roto la porcelana.

Nunca había oído hablar de mi madre en esos términos. Con los años, la diferencia entre "overalls" y "duster" llegó a ser para mí una cuestión semántica; traductor, acudí nuevamente al Webster cada vez que apareció una de esas palabras. Por entonces no sabía inglés y no estaba en condiciones de probar que la ignorante era Miss Annie.

La segunda confrontación llegó por la noche en el comedor. Ahí me encontré con el plato de sémola destinado por la Providencia a acompañarme durante años. Plato de zinc y contenido inmutable, círculo blanco, desértico, cubierto de una tibia costra blanca; salina del alma, podredumbre de la caridad en doscientas noches de desamor idéntico. Me negué, no comí. Me negué la segunda noche, y la tercera, la cuarta. Tengo conciencia del rechazo visceral, el hambre enemiga, la astucia cada vez más empeñosa en lo que intuía una batalla. Quiero decir que fingía lo mismo que estaba sintiendo —nostalgia, desesperación—, pero acentuándolo, llevándolo a sus límites últimos, hasta convertirme en un silencioso espectáculo, cruzado de brazos ante lo inaceptable. A la cuarta o quinta noche me trajeron un plato de caldo con una papa. Quizá no era mejor que la sémola, pero lo acepté, sentí que había ganado, y en mi fuero interno me reía de la monjita rubicunda que presidía el comedor. Desde esa noche fueron ciento nueve platos de sémola y un caldo con una papa.

Por debajo de la autoridad había otras cosas que dirimir. En los dos colegios irlandeses en que he estado, descubrí entre

los pupilos una necesidad compulsiva de establecer las escalas del prestigio, el valor, la fuerza. Detrás del recibimiento convencional del primer día, me estaban calibrando, situando tentativamente en una jerarquía.

Supongo que ese orden se heredaba de año en año, con los ajustes necesarios al recomenzar las clases. Yo llegaba tarde, los ajustes estaban hechos, irrumpía en un orden establecido provocando ansiedad, urgencia de saber quién era al fin de cuentas, y así, sin deseo, vine a encontrarme en guardia frente al chico Cassidy, en el sol del patio y el centro del círculo del pueblo, para dirimir ese mítico tercer puesto que él ocupaba hasta mi llegada.

Los dos primeros eran inamovibles. Delamer, grande, bonachón, inofensivo por plena conciencia de su fuerza: vieja ballena que nadie osaba discutir, y él mismo sin discusiones interiores, patriarca oscuro de once o doce años. Daleney, que no era un grande verdadero, hechura política, mitad conjetura, mitad su hermana celadora, muchacha rosada y dulce, deseable así que pasaron cinco años.

Peleamos pues. Cassidy tenía la cara llena de granos, era angustioso pegarle. Pero tampoco había otra salida. Lo derroté y adquirí mi lugar en la escala, que implicaba el derecho de tiranizar o proteger a los menores y la saludable abstención de molestar a los más fuertes. Durante el resto del año no desafié ni fui desafiado, pero ocasionalmente un acto de rebelión triunfante ponía al descubierto el carácter semi-mitológico de nuestro ranking.

La verdadera ganadora de mi primera pelea resultó Miss Annie. Alguien fue con el cuento, y por la noche, cuando nos acostamos, vino a mi cama y me pidió que me destapara. Esgrimía su argumento preferido, una vara de

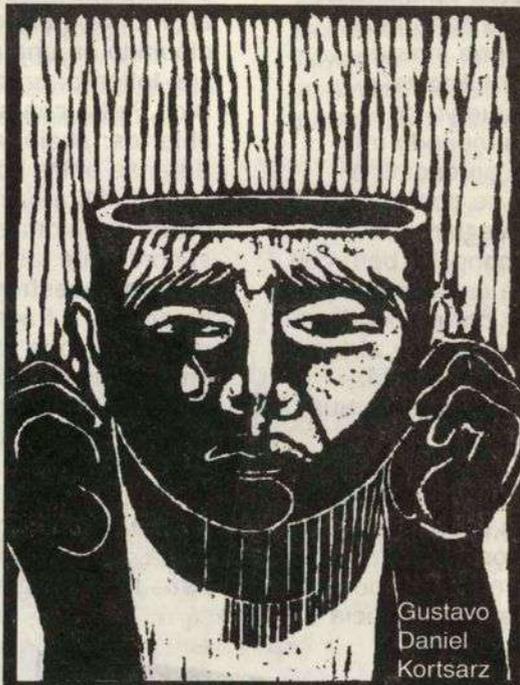
mimbre sólida y flexible. Me dio una paliza formidable. Al día siguiente me descubrí con el cuerpo lleno de moretones. Estas tundas que aplicaba con diversos pretextos eran el placer nocturno de Miss Annie. Supongo que sus noches eran tristes cuando no podía restablecer con la vara de mimbre el imperio

de la justicia. Era una viejita sádica, miserable. Me río al escribir esto, a treinta años de distancia, pero es la verdad. Miss Annie no era una excéntrica. También pegaban las celadoras y aun las monjas. Recuerdo el *swing* a la mandíbula con que la hermana María Angela derribó a Kelly junto al pizarrón, en plena clase. Fue un golpe seco, magistral; aunque también es cierto que Kelly era muy chico y, quizás, algo flojo.

Todo esto resultaba, por lo menos, perturbador. En casa no me pegaban, salvo algún moquete ocasional. En Juárez había ido tres años al colegio religioso. Allí las

hermanitas eran italianas, fascistonas, ignorantes, pero nunca nos castigaron. A lo sumo nos proponían unos absurdos torneos de mortificaciones que debíamos ofrendar a Cristo. Fuera de eso eran cariñosas y casi dulces. Supongo que la diferencia consistió en que aquél era un colegio pago, mientras que en Capilla éramos hijos de peones chacareros o desocupados.

En medio de estas tribulaciones casi no me afligió lo que al fin era el desastre más grande. Yo salía de tercer grado en Azul, pero en Capilla no había cuarto. Lo natural hubiera sido mandarme al Fahy de Moreno, colegio de curas que tenía de cuarto a sexto, pero evidentemente mis padres no lo averiguaron a tiempo en aquellos caóticos días del derrumbe de nuestra casa. Debí repetir y las clases de la hermana María Angela fueron para mí un largo ejercicio de tedio, salvo sus



fugaces exhibiciones pugilísticas.

Las clases de inglés, en cambio, me entusiasmaron. Mrs. T. me inspiró un profundo cariño. Creo que era viuda y con hijos de los que estaba separada. Su situación era similar a la nuestra, un destierro. La reconstruyo como una mujer de treinta a cuarenta años, de pelo color arena, nariz ancha, ojos celestes. Una cara nada bonita, llena de fuerza. Tenía una innata dulzura, pero exteriormente era áspera y burlona. Le parecía increíble que yo no supiera una palabra de inglés, cuando mi abuela (fantaseaba) no había aprendido a saludar en castellano. Y aquí se ponía a parodiar a mi abuela, sin conseguir una semejanza puesto que no la conocía, pero con tanta imaginación y verba que resultaba un tipo divertidísimo. Me esforcé por responder a sus sarcasmos: en quince días estuve al tope de la clase, en un mes admitió que debía pasar al grado siguiente. Amargo triunfo, que terminaba en la separación.

Desgraciadamente el cariño de Mrs. T. era algo que estaba en disputa en ese desierto. Supongo que extrañaba a sus hijos y los reemplazaba con nosotros. Nosotros éramos demasiados. Surgieron preferencias, y de eso una lucha, casi un calco de la competencia por el prestigio, pero aquí yo estaba dispuesto a ir más lejos, a no conformarme con imposiciones externas. Mi rival era un chico muy hermoso, inocente, menor que yo. Se llamaba O'Neill, un nombre de héroe y reyes, y no sólo estaba en el grado de Mrs. T. sino en el dormitorio que ella cuidaba mientras yo padecía bajo la férula de Miss Annie. No recuerdo en qué forma violé las reglas del juego, supongo que humillando a O'Neill en público. La próxima vez que la encontré en el recreo, ella no me habló. Durante días pasó a mi lado como si no me viera. Después me

descubro una tarde encerrado en un aula llorando desesperadamente hasta que entró, me abrazó, me consoló como pudo. Era una reconciliación, pero también un final. Me aparté poco a poco de ella sin dejar de quererla.

Mi nueva maestra de inglés, Miss Jennie, era una muchacha excepcionalmente bonita y algo tonta. Para estimularnos en la vida había dibujado en una gran cartulina blanca el Cielo y el Infierno: arriba, a la izquierda, estaba Dios Padre con su barba flotante y los brazos abiertos; abajo, a la derecha, se desgañaba Satanás entre horribles llamaradas. En el espacio libre navegaba una bandada de veinte o treinta palomas pinchadas con alfileres. Se suponía que las palomitas éramos nosotros; llevaban nuestros nombres y testimoniaban progresos o fracasos escalando el paraíso o precipitándose al infierno. No tardé en encabezar la flotilla celestial y tocaba ya los faldones del Creador cuando cometí algún horrible crimen, que he olvidado. Mi palomita se precipitó de cabeza en el fuego. Dudando tal vez que la lección moral bastara, Miss Jennie decidió completarla con una lección física. Me hizo extender la mano y con una de esas largas reglas negras fileteadas de acero

empezó a golpearme los nudillos con fuerza, lentitud y método, contando cada golpe. Creo que si yo hubiera gritado, retirado la mano, encogido un dedo, el castigo habría cesado. Pero me limitaba a mirarla, y eso la sacaba de quicio, la enredaba y complicaba en algo fatal que debía seguir. Cuando dijo "¡Diez!" y sentí el último reglazo sobre la anestesia de los anteriores, la lección estaba completa. Le había perdido todo respeto: la historia de la cartulina no era una representación verdadera de lo ocurrido, era falsa, incluyendo al Cielo y al Infierno que se prestaban a semejantes patrañas. En adelante



mis relaciones con Miss Jennie fueron sumamente formales, fundadas en la perturbación y en el desprecio.

Todas estas cosas sucedieron en las primeras semanas. Eran una iniciación. Después uno se adaptaba, no incurría en pecados visibles. La falta de anécdotas



posteriores, sugiere que me replugué totalmente, y el síntoma más claro de ese aislamiento es

Rodolfo J. Walsh nació en Choele-Choel, provincia de Río Negro. En 1937 ingresó a un colegio irlandés para huérfanos y pobres de Capilla del Señor, provincia de Buenos Aires. Ese internado será el escenario del texto autobiográfico que publicamos en **La Mancha** –tomado de la antología *Memorias de infancia*, Ed. Jorge Alvarez S.A. Buenos Aires, 1968– y también el de sus cuentos más memorables: *Irlandeses detrás de un gato*, *Los oficios terrestres* y *Un oscuro día de justicia*. En 1944 se convirtió en traductor para la editorial Hachette de relatos policiales, género al que pertenece su primer libro: *Variaciones en rojo*. Del impacto que le causó la sublevación del general Valle y los fusilamientos de civiles en el basural de José León Suárez en 1956 nace *Operación masacre*, donde aplica procedimientos novelísticos al relato de hechos reales. En esta línea están *El caso Satanowsky* (1958) y *¿Quién mató a Rosendo?* (1969). Es autor, además, de dos obras de teatro: *La batalla* y *La granada*, de un ciclo con temas rurales: *Cartas y Fotos*, y de algunos cuentos independientes entre los que sobresalen *Esa mujer* y *Nota al pie*.

En Walsh la literatura y el periodismo convergen en la militancia política. Fue uno de los fundadores de Prensa Latina (Cuba) y –ya en el peronismo revolucionario– del órgano de la CGT, el *Semanario Villero*, el diario *Noticias* y ANCLA (Agencia de Noticias Clandestinas). Durante la última dictadura militar muere su hija en un enfrentamiento. Unos meses después, el 24 de marzo de 1977 redacta desde su casa de San Vicente su célebre carta a la Junta Militar con el propósito de denunciar ante las legaciones extranjeras las atrocidades que se cometían. Al día siguiente fue secuestrado y pasó a integrar la lista de víctimas de los años negros.

que perdí de vista a mi hermano menor. Me consta que estuvo conmigo, pero prácticamente no lo recuerdo ni sé las cosas que le ocurrieron. No hice amigos, fui un extranjero.

Del colegio no salimos en todo el año, ni siquiera a conocer el pueblo. Allí está, inmutable, la edificación chata, la capilla donde oíamos misas, los árboles pelados cuyas raíces hinchaban el patio de baldosas amarillas donde jugábamos a la bolita o la payana, los guardapolvos grises, el silbato nocturno de los trenes que volvían a mi casa. No conozco un sonido más triste que ése.

Un domingo vino mi padre a vernos. Nos dejaron salir a la quinta contigua, sentarnos en el pasto. Abrió un paquete, sacó pan y un salame, comió con nosotros. Sospeché que tenía hambre, y no de ese día. Habló de fútbol, Moreno, Labruna, Pedernera: él y yo éramos hinchas de River. Tal vez habló de política. Era radical. La primera mala palabra que aprendí en casa fue uriburu. Después vinieron otras, fresco, pinedo, justo. Creo que de algún modo las identificaba ya con lo que nos estaba pasando, con el plato de sémola. Durante un largo rato fuimos muy felices, aunque lo veía apenado, ansioso de que le dijéramos que estábamos bien. Y, sí, estábamos bien. Después supe lo mal que ellos lo pasaban. En realidad estaba aplastado, no conseguía trabajo.

Un día de noviembre o de diciembre vinieron a buscarnos. Es curioso, pero no lo recuerdo, quizá por haberlo esperado demasiado. Hubo otras mudanzas, buenas y malas. La felicidad no estaba perdida para siempre: sólo había que tomarla con cautela, sin quejarse cuando se esfumaba de golpe. Empezaba a probar el sabor de mi época, y eso era una suerte. Sin ella uno podría descender al infierno, no ya montado en una palomita, sino cargando un asno a la espalda.

El caballo de coral

por **Onelio Jorge Cardoso**

Eramos cuatro a bordo y vivíamos de pescar langostas. El "Eumelia" tenía un solo palo y cuando de noche un hombre llevaba entre las manos o las piernas el mango del timón tres dormíamos hacinados en el oscuro castillo de proa y sintiendo cómo con los vaivenes del casco nos llegaba el agua sucia de la cala a lamernos los tobillos.

Pero éramos cuatro obligados a aquella vida, porque cuando un hombre coge un derrotero y va echando cuerpo en el camino ya no puede volverse atrás. El cuerpo tiene la configuración del camino y ya no puede en otro nuevo. Eso habíamos creído siempre, hasta que vino el quinto entre nosotros y ya no hubo manera de acomodarlo en el pensamiento. No tenía razón ni oficio de aquella vida y a cualquiera de nosotros le doblaba los años. Además era rico y no había porqué enrolarlo por unos pesos de participación. Era una cosa que no se entiende, que no gusta, que un día salta y se protesta después de haberse anunciado mucho en las miradas y en las palabras que no se quieren decir. Y al tercer día se dijo, yo por mí, lo dije:

—Mongo, ¿qué hace el rico aquí?, explícalo.

—Mirar el fondo del mar.

—Pero si no es langostero.

—Mirarlo por mirar.

—Eso no ayuda a meter la presa en el chapingorro.

—No, pero es para nosotros como si ya se tuviera la langosta en el bolsillo vendida y cobrada.

—No entiendo nada.

—En buenas monedas, Lucio, en plata que rueda y se gasta.

—¿Paga entonces?

—Paga.

—¿Y a cuánto tocamos?

—A cuanto queramos tocar.

Y Mongo empezó a mirarme fijamente y a

sonreír como cuando buscaba que yo entendiera, sin más palabras, alguna punta picara de su pensamiento.

—¿Y sabe que a veces estamos algunas semanas sin volver a puerto?

—Lo sabe.

—¿Y que el agua no es de nevera ni de botellón con el cuello para abajo?

—Lo sabe.

—¿Y que aquí no hay dónde dormir que no sea tabla pura y dura?

—También lo sabe y nada pide, pero guárdate algunas preguntas, Lucio, mira que en el mar son como los cigarros; luego las necesitas y ya no las tienes.

Y me volvió la espalda el patrón cuando estaba empezando a salir sobre el Cayuelo el lucero de la tarde.

Aquella noche yo pensé por dónde acomodaba al hombre en mi pensamiento. Mirar, cara al agua, cuando hay sol y se trabaja, ¿acaso no es bajar el rostro para no ser reconocido de otro barco? ¿Y qué puede buscar un hombre que deja la tierra segura, y los dineros seguros? ¿Qué puede buscar sobre la pobre "Eumelia" que una noche de éstas se la lleva el viento norte sin decir a dónde? Me dormí porque me ardían los ojos de haber estado todo el día mirando por el fondo de la cubeta y haciendo entrar de un culatazo las langostas en el chapingorro. Me dormí como se duerme uno cuando es langostero, desde el fondo del pensamiento hasta la yema de los dedos.

Al amanecer, como si fuera la luz, hallé la respuesta; otro barco de más andar ha de venir a buscarlo. A Yucatán irá, a tierra de mexicanos, por alguna culpa de las que no se tapan con dinero y hay que poner agua, tierra y cielo por medio. Por eso dice el patrón que tocaremos a como queramos tocar. Y me pasé el día entero boca abajo sobre el bote con Pedrito a los remos

y el "Eumelia" anclado en un mar dulce y quieto, sin brisa, dejando mirarse el cielo en él.

—El hombre ha hecho lo mismo que tú; todo el día con la cabeza para abajo mirando el fondo

—dijo sonriendo Pedrito y yo, mientras me restregaba las manos para no mojar el segundo cigarro del día, le pregunté:

—¿No te parece que espera un barco?

—¿Qué barco?

—¡Vete tú a ponerle el nombre, qué sé yo! Acaso de matrícula de Yucatán.

Los ojos azules de Pedrito se me quedaron mirando, inocentemente, con sus catorce años de edad y de mar.

—No sé lo que dices.

—Querrá irse de Cuba.

—Dijo que volvía a puerto, que cuando se vayan las calmas arribará a la costa de nuevo.

—¿Tú lo oíste?

—¡Claro! Se lo dijo a Mongo: "Mientras no haya viento estaré con ustedes, después volveré a casa".

—¡Como!

—El acuerdo es ése, Lucio, volverlo a puerto cuando empiecen aunque sean las brisas del mediodía.

Luego el hombre no quería escapar, y era rico. Hay que ser langostero para comprender que estas cosas no se entienden; porque hasta una locura cualquiera piensa uno hacer un día por librarse para siempre de las noches en el castillo y proa y los días con el cuerpo boca abajo. Le quité los remos y nos fuimos para el barco sin más palabras.

Cuando pasé por frente de la popa miré; estaba casi boca abajo. No miró nuestro bote ni pareció siquiera oír el golpe de los remos y sólo tuvo una expresión de contrariedad cuando una onda del remo vino a deshacer bajo su mirada el pedazo de agua clara por donde metía los ojos hasta el fondo del mar.

Uno puede hacer sus cálculos con un dinero por venir, pero hay una cosa que importa más: saber por qué se conduce un hombre que es como un muro sin sangre y con los ojos grandes y con la frente despejada. Por eso volví a juntarme con el patrón: —Mongo, ¿qué quiere? ¿Qué busca? ¿Por qué paga?

Mongo estaba remendando el jamo de un chapingorro y entreabrió los labios para hablar, pero sólo le salió una nubecita del cigarro que se

partió en el aire en seguida.

—¿No me estás oyendo? —insistí.

—Sí.

—¿Y qué esperas para contestar?

—Porque sé lo que vas a preguntarme y estoy pensando de qué manera te puedo contestar.

—Con palabras.

—Sí, palabras, pero la idea...

Se volvió de frente a mí y dejó a su lado la aguja de trenzar.

Yo me mantuve unos segundos esperando y al fin quise apurarlo:

—La pregunta que yo hago no es nada del otro mundo, ni de éste.

—Pero la respuesta sí tiene que ver con el otro mundo, Lucio —me dijo muy serio y cuando yo cogí aire para decir mi sorpresa fue que Pedrito dio la voz:

—¡Ojo, que nos varamos!

Nos echamos al mar y con el agua al cuello fuimos empujando el

vientre del "Eumelia" hasta que se recobró y quedó de nuevo flotando sobre un banco de arenilla que giraba sus remolinos. Mongo aprovechó para registrar el vivero por si las tablas del fondo, y a mí me tocó hacer el almuerzo. De modo y manera que en todo el día no pude hablar con el patrón. Mas, pude ver mejor el rostro del hombre y por primera vez comprendí que aquellos ojos, claros y grandes, no se podían mirar mucho rato de frente. No me dijo una palabra pero se tumbó junto a la barra del timón y se quedó dormido como una piedra. Cuando vino la noche el patrón lo despertó y en la oscuridad sorbió sólo un poco de sopa y se volvió a dormir otra vez.

Estaba soplando una brisita suave que venía de los uveros de El Cayuelo y fregué como pude los platos en el mar para ir luego a la proa donde el patrón se había tumbado panza arriba bajo la luna llena. No le dije nada, empecé por donde había dejado pendiente la cosa:

—La pregunta que yo hago no es nada del otro mundo ni de éste.

Sonrió blandamente bajo la luna. Se incorporó



sin palabras y mientras prendía su tabaco, habló iluminándose la cara a relámpagos.

–Ya sé lo que puedo contestarte, Lucio, siéntate. Pegué la espalda al palo de proa y me fui resbalando hasta quedar sentado.

–Escúchame, piensa que no está bien de la cabeza y que le vuelve el cuerpo a su dinero por estar aquí.

–¿Cabecibajo todo el día mirando el agua?

–El fondo.

–El agua o el fondo, ¿no es un disparate?

–¿Y qué importa si un hombre paga por su disparate?

–Importa.

–¿Por qué?

De pronto yo no sabía por qué, pero le dije algo como pude:

–Porque no basta sólo con tener un dinero ajeno al trabajo. Uno quiere saber qué inspira la mano que lo da.

–La locura, suponte.

–¿Y es sano estar con un loco a bordo de cuatro tablas?

–Es una locura especial, Lucio, tranquila, sólo irreconciliable con el viento.

Aquello otra vez, y me enderecé para preguntarle:

–¿Qué juega el viento aquí, Mongo? Ya me lo dijo Pedrito ¿Por qué quiere el mar como una balsa?

–Lo digo: locura, Lucio.

–¡No!– le contesté levantando la voz, y miré hacia popa enseguida seguro de haberlo despertado, pero sólo vi sus pies desnudos que se salían de la sombra del toldo y los bañaba la luna. Luego cuando volví a Mongo vi que tenía toda la cara llena de risa:

–¡No te asustes, hombre! Es una locura tonta y paga por ella. Es incapaz de hacer daño.

–Pero un hombre tiene que desesperarse por otro– le dije rápido y comprendí que ahora sí había podido contestar lo que quería.

–Bueno, pues te voy a responder: el hombre cree que hay alguien debajo del mar.

–¿Alguien?

–Un caballo.

–¿Cómo!

–Un caballo rojo, dice, muy rojo como el coral–. Y Mongo soltó una carcajada demasiado estruendosa, tanto que no me equivoqué; de pronto entre nosotros estaba el hombre y Mongo medio que se turbó preguntando:

–¿Qué pasa, paisano, se le fue el sueño?

–Usted habla del caballo y yo no miento, yo en estas cosas no miento.

Me fui poniendo de pie poco a poco porque no le veía la cara. Solamente el contorno de la cabeza contra la luna y aquella cara sin duda había de estar molesta a pesar de que sus palabras habían sonado tranquilas; pero no, estaba quieto el hombre como el mar. Mongo no le dio importancia a nada, se puso mansamente de pie y dijo:

–Yo no pongo a nadie por mentiroso, pero no buscaré nunca un caballo vivo bajo el mar– y se deslizó en seguida a dormir por la boca cuadrada del castillo de proa.

–No, no lo buscará nunca –murmuró el hombre– y aunque lo busque no lo encontrará.

–¿Por qué no?– dije yo de pronto como si Mongo no supiera más del mar que nadie, y el hombre se ladeó ahora de modo que le dio la luna en la cara:

–Porque hay que tener ojos para ver. “El que tenga ojos vea”.

–¿Ver qué, ver qué cosa?

–Ver lo que necesitan ver los ojos cuando ya lo han visto todo repetidamente.

Sin duda aquello era locura; locura de la buena y mansa...

Mongo tenía razón, pero a mí no me gusta ganar dinero de locos ni perder el tiempo con ellos. Por eso quise irme y di cuatro pasos para la popa cuando el hombre volvió a hablarme:

–Oiga, quédese; un hombre tiene que desesperarse por otro.

Eran mis propias palabras y sentí como si tuviera que responder por ellas:

–Bueno, ¿y qué?

–Usted se desespera por mí.

–No me interesa si quiere pasarse la vida mirando el agua o el fondo.

–No, pero le interesa saber por qué.

–Ya lo sé.

–¿Locura?

–Sí, locura.

El hombre empezó a sonreír y habló dentro de su sonrisa:

–Lo que no se puede entender hay que ponerle algún nombre.

–Pero nadie puede ver lo que no existe. Un caballo está hecho para el aire con sus narices, para el viento con sus crines y para las piedras con sus cascos.

–Pero también está hecho para la imaginación.

–¡Qué!

Carlo

—Para echarlo a correr donde le plazca al pensamiento.

—Por eso usted lo pone a correr bajo el agua.

—Yo no lo pongo, él está bajo el agua; lo veo pasar y lo oigo. Distingo entre la calma el lejano rumor de sus cascos que se vienen acercando al galope desbocado y luego veo sus crines de algas y su cuerpo rojo como los corales, como la sangre vista dentro de la vena sin contacto con el aire todavía.

Se había excitado visiblemente y yo sentí ganas de volverle la espalda.

Pero en secreto yo había advertido una cosa: que es lindo ver pasar un caballo así, aunque sea en palabras y ya se le quiere seguir viendo, aunque siga siendo en palabras de un hombre excitado. Este sentimiento, desde luego tenía que callarlo, porque tampoco me gustaba que me ganara la discusión.

—Está bien que se busque un caballo porque no tiene que buscarse el pan.

—Todos tenemos necesidad de un caballo.

—Pero el pan lo necesitan más hombres.

—Y todos el caballo.

—A mí déjeme con el pan porque es vida perra la que llevamos.

—Hártate de pan y luego querrás también el caballo.

Quizás yo no podía entender bien pero hay una zona de uno en la cabeza o una luz relumbrada en las palabras que no se entienden bien, cuya luz deja un relámpago suficiente. Sin embargo, era una carga más pesada para mí que echarme todo el día boca abajo tras la langosta. Por eso me fui sin decir nada, con paso rápido que no permitía llamar otra vez, ni mucho menos volverme atrás. Como siempre el día volvió a apuntar por encima del Cayuelo y el viento a favor trajo los chillidos de las corúas. Yo calculé encontrarme a solas con Mongo y se lo dije ligero, sin esperar respuesta, mientras entraba con Pedrito en el bote:

—Olvídate de la parte mía, no le quito dinero al hombre.

Y nos fuimos a lo mismo de toda la vida: al agua transparente, el chapingorro y el fondo sembrado de hierbas, donde por primera vez me eché a reír



de pronto volviendo la cabeza a Pedrito:

—¿Qué te parece —le dije—, qué te parece si pescó en el chapingorro un caballo de coral?

Sus ojos inocentes me miraron sin contestar, pero de pronto me sentí estremecido por sus palabras:

—Cuidado, Lucio, que el sol te está calentando demasiado la cabeza.

“El sol no, el hombre”, pensé sin decirlo y con un poco de tristeza no sé por qué.

Pasaron tres días, como siempre iguales y como siempre el hombre callado comiendo poco y

mirando mucho, siempre inclinado sobre la borda sin hacerles caso a aquellas indirectas de Vicente que había estado anunciando en sus risitas y que acabaron zumbando en palabras:

—¡Hey!, paisano, más al norte las algas del fondo son mayores, parece que crecen mejor con el abono del animalito.

Aquello no me parecía una crueldad, sino una torpeza. Antes yo me reía siempre con las cosas de Vicente pero ahora aquellas palabras eran tan por debajo y tristes al lado de la idea de un

caballo rojo, desmelenado, libre, que pasaba haciendo resonar sus cascos en las piedras del fondo, y tanto me dolían que a la otra noche me acerqué de nuevo al hombre aunque dispuesto a no ceder.

—Suponga que existe, suponga que pasa galopando por debajo. ¿Qué hace con eso? ¿Cuál es su destino?

—Su destino es pasar, deslumbrar, o no tener destino.

—¿Y vale el suplicio de pasarse los días como usted se los pasa sólo por verlo correr y desvanecerse?

—Todo lo nuevo vale el suplicio, todo lo misterioso por venir vale siempre un sacrificio.

—¡Tonterías, no pasará nunca, no existe, nadie lo ha visto!

—Yo lo he visto y lo volveré a ver.

Iba a contestarle, pero le estaba mirando los ojos y me quedé sin hablar. Tenía una fuerza tal de sinceridad en su mirada y una nobleza en su postura que no me atreví a desmentirlo. Tuve que separar la mirada para seguir sobre su hombro el vuelo cercano de un alcatraz quien de pronto cerró las alas y se tiró de un chapuzón al mar.

El hombre me puso entonces su mano blanda en el hombro:

–Usted también lo verá, júntese conmigo esta tarde.

Le tumbé la mano casi con rabia por decirme aquello. A mí no me calentaba más la cabeza; que lo hiciera el sol que estaba en su derecho pero él no, él no tenía que hacerme mirar visiones ni de éste ni del otro mundo.

–Me basta con las langostas. No tengo necesidad de otra cosa. Y le volví la espalda, pero en el aire oí sus palabras.

–Tiene tanta necesidad como yo. “Tiene ojos para ver”.

Aquel día casi no almorcé, no tenía apetito. Además, había empozado a correr en firme la langosta y había mucho que hacer. Así que antes que se terminara el reposo me fui con Pedrito en el bote y me puse a trabajar hasta las cinco de la tarde en que ya no era posible distinguir en el fondo ningún animalito regular. Volvimos al barco y lo peor para mí, fue que los tres: Vicente, Pedrito y Mongo se fueron a la costa a buscar hicacos. Yo me hubiera ido con ellos, pero no los vi cuando se pusieron a remar. Me quedé en popa remendando jamos y buscando cualquier trabajo que no me hiciera levantar la cabeza y encontrar al hombre. Estábamos anclados por el sur del Cayuelo, en el hondo. La calma era más completa que nunca.

Ni las barbas del limo bajo el timón del “Eumelia” se movían. Sólo un agujón verde ondeaba el cristal del agua tras la popa. El cielo estaba alto y limpio y el silencio dejaba oír la respiración misma en el aire. Así estaba cuando lo oí:

–¡Venga!

Se me cayó un jamo de la mano y las piernas quisieron impulsarme, pero me contuve.

–¡Venga, que viene!

–¡Usted no tiene derecho a contagiar a nadie de su locura!

–¿Tiene miedo de encontrarse con la verdad? Aquello era mucho más de lo que yo esperaba. No dije nada entonces. De una patada me quité la canasta de enfrente y corrí a popa para tirarme a su lado:

–Yo no tengo miedo –le dije.

–¡Oiga... es un rumor!

Aguanté cuanto pude la respiración y luego me volví a él:

–Son las olas.

–No.

–Es el agua de la cala, las basuras que se fermentan allá abajo.

–Usted sabe que no.

–Es algo entonces, pero ni puede ser eso.

–¡Oigalo, óigalo... a veces toca en las piedras! ¿Qué oía yo? Y lo que oía, ¿lo estaba oyendo con mis oídos o con los de él? No sé, quizás me ardía demasiado la frente y la sangre me latía en las venas del cuello.

–Ahora, mire abajo, mire hijo.

Era como si me obligara, pero uno pone los ojos donde le da la gana y yo volví la cara al mar, sólo que me quedé mirando una hoja de mangle que flotaba en la superficie junto a nosotros.

–¡Viene, viene!– me dijo casi furiosamente, agarrándome el brazo hasta clavarme las uñas, pero yo seguí obstinadamente mirando la hoja de mangle. Sin embargo, el oído era libre, no había donde dirigirlo, hasta que el hombre se estremeció de pies a cabeza y casi gritó:

–¡Mírelo!

De un salto llevé los ojos de la hoja de mangle a la cara de él. Yo no quería ver nada de este mundo ni del otro. Tenía que matarme si me obligaba, pero súbitamente él se olvidó de mí, me fue soltando el brazo mientras abría cada vez más los ojos, y en tanto yo sin quererlo, miraba pasar por los ojos reflejado desde el fondo, un pequeño caballito rojo como el coral, encendido de las orejas a la cola, y que se perdía dentro de los propios ojos del hombre.

Hace algún tiempo de todo esto, y ahora de vez en cuando voy al mar a pescar bonito y alguna que otra vez langosta. Lo que no resisto es el pan escaso, ni tampoco me resigno a que no se converse de cosas de cualquier mundo, porque yo

no sé si pasó galopando bajo el “Eumelia” o si lo vi sólo en los ojos de él, creado por la fiebre de su pensamiento que ardía en mi propia frente. El caso es que mientras más vueltas le doy a las ideas más fija se me hace una sola: aquella de que el hombre siempre tiene dos hambres.

Onelio Jorge Cardoso, cubano, (1914-86) es una de las figuras más destacadas de la cuentística contemporánea. Al morir, Onelio era presidente de la Sección de Literatura de la Unión de Escritores de Cuba. Entre sus obras se encuentran *Abrir y cerrar de ojos*, *El hilo y la cuerda*. Sus libros fueron traducidos a más de 15 idiomas.

Carlo Collodi

Si a los hombres les está reservado un futuro que ignoran, seguramente a Carlo Collodi los hados le fueron propicios donde menos había puesto sus esperanzas.

por Gustavo Roldán

Carlo Lorenzini, conocido como Carlo Collodi, nació en Florencia en 1826 y murió en la misma ciudad en 1890. Hijo de una familia humilde, trabajó desde muy joven como empleado de una librería, mientras dejaba crecer su pasión por el periodismo y la política.

A los 50 años empieza a escribir para chicos, realizando primero adaptaciones de Perrault y de cuentos de hadas y continuando después con relatos propios. *La Historia de un muñeco*, la obra por la que pasaría a la fama, comienza en 1881 en forma de folletín, en el semanario "Giornale per i bambini", y termina quince capítulos después con Pinocho ahorcado en un árbol. Los lectores protestan y, por esa magia de la literatura, vuelven al folletín *Las aventuras de Pinocho*.

En 1883 Pinocho es definitivamente consagrado con su aparición en forma de libro.

A más de 100 años de distancia los pancitos untados con manteca por arriba y por abajo, o ese magnífico calendario escolar en que los jueves no hay clases y la semana se compone de seis jueves y un domingo, continúan sorprendiendo y gozando del fervor de los jóvenes lectores en las cuatro esquinas del mundo.

Tal vez no sea sino aquella simple y repetida necesidad de ser otro, o de empezar de nuevo, lo que llevó a Collodi a inventar a Pinocho, ese muñeco ideado para cambiar la vida de Geppetto, una vida pobre y aburrida, y que un día descubre que podría ser diferente. Diferente y mejor, sin ninguna duda, si puede recorrer el mundo de la mano "de un muñeco maravilloso, que sepa bailar, dar saltos mortales y que sea un buen espadachín".

Esta primera idea del muñeco como un otro que no es sino un agregado de los sueños de Geppetto,

de todo lo que él nunca pudo ser, sufrirá a posteriori contratiempos y contradicciones, ya que las cosas no siempre pasan como uno quisiera, y en lugar de desarrollarse según los criterios previstos se van por caminos no pensados.

A primera vista Geppetto y Pinocho parecen ser dos personajes opuestos —especies de Jekyll y mister Hyde, o del doctor Frankenstein y su monstruo, participantes de la problemática del "doble" a la que de manera tan evidente recurrió el siglo XIX— y que a esta altura nadie duda que no son sino las dos caras de una misma moneda.

Geppetto representaría una manifestación del orden, de los valores del sistema, según sus repetidas reflexiones a lo largo de toda la obra. Pero es a la vez el creador de esa figura que contradice todos sus postulados y juicios morales.

Posiblemente a nadie le interese crear una contrafigura que sea verdaderamente una contraparte. En

cualquier ejemplo es fácil ver las zonas de inclusión de una de las partes con respecto a la otra, aspectos que no son lo opuesto de manera incontrovertible sino formas desarrolladas de una característica profunda y secreta.

¿No es acaso eso el capítulo 27, donde Collodi utiliza la ironía para nombrar la gravedad de un golpe dado "con un libro encuadernado con el lomo y las puntas de cuero. *Un tratado de aritmética. Imagínense cómo era de pesado*"?, y si queda alguna duda, ratificado con la opinión de los peces sobre los libros escolares, cuando después de probar alguna página la escupían con gesto de asco.

Estos momentos no sobran, pero están obviamente del lado de Pinocho y de sus opiniones sobre el tema.

De igual manera, ciertas frases memorables, al-



Caricatura de Collodi por Angelo Tricca

gunos de esos momentos que se graban a fuego en el lector, están del lado del pensamiento de Pinocho o de los deseos de cualquier chico. Por ejemplo los pancitos con manteca por arriba y por abajo (capítulo 29), o ese magnífico calendario escolar (capítulo 30) donde las vacaciones comienzan el primer día de enero y terminan el último día de diciembre.

Que después venga el castigo es otra historia. Lo involuible es la semana de seis jueves sin ir a la escuela y un domingo, que tampoco.

El nacimiento de Pinocho

Una pregunta de difícil respuesta es cuándo nace Pinocho. Si bien la historia simplificada en diversas versiones lo hace nacer a partir del muñeco creado por Geppetto de un trozo de madera, mucho antes de ese momento, cuando es sólo un trozo de leño para el fuego, hay una voz que siente y sabe y conoce lo que sucede a su alrededor. ¿Qué nombre darle a ésto? ¿Podemos hablar del “alma” que está en la madera y a la que Geppetto sólo le dará una forma? ¿Existe una vida previa a la aparición del muñeco? ¿Están los personajes “reales” sólo obedeciendo a las exigencias de este trozo de madera que ya tiene vida?

Pero bueno, si aceptamos la lectura, aceptamos entrar en el mundo de la magia, donde todo es posible según las pautas internas dictadas por la propia obra. Simplemente, al plantear el problema, estamos buscando la coherencia de los mundos fantásticos, que a veces se le escapa a Collodi, tal vez por el sistema de apresuramiento y las exigencias de un folletín cuya entrega no puede demorarse. Y que hay cosas que se le escapan, no hay dudas. Sobre algunas vuelve en un intento de recomponer la historia, en otras pasa de largo sin demasiadas preocupaciones.

¿Cuándo fueron hechas las orejas de Pinocho? En el capítulo 3 Geppetto recuerda que se había olvidado de hacerlas; en el capítulo 32 sostiene que el muñeco tenía “orejas tan chiquitas que casi no se veían”, y Collodi apela a la memoria del lector con un “ustedes recordarán que el muñeco, desde su nacimiento, tenía orejas chiquitas chiquitas...”

El problema está en que no hay ninguna referencia para recordar, por más que volvamos a los capítulos anteriores para confrontar nuestra memoria.



Ilustración Gustavo Roldán (h)

Collodi recordó el problema pero no lo solucionó.

¿Pero a quién le interesan las orejas de Pinocho? Todos sabemos que si hay algo importante es la nariz de Pinocho, donde la historia y el recuerdo centraron toda su atención. La nariz de Pinocho crece cuando dice mentiras, porque, según palabras del Hada, “hay mentiras de piernas cortas y mentiras de narices largas” (capítulo 17), y a esta altura forma parte de la cultura popular decir a los niños que les va a crecer la nariz si dicen mentiras.

La contradicción está en que Pinocho, si bien le creció la nariz en un par de oportunidades por decir mentiras, tenía una nariz que ya venía con historia, y tuvo sus primeras manifestaciones de crecer mágicamente antes de que el muñeco se iniciara en la práctica de la mentira. En el capítulo 3, apenas Geppetto termina de tallarle la nariz al muñeco, ésta comienza a crecer en forma desmesurada y Geppetto debe recortarla una y otra vez.

El libro, hoy

Hoy se sigue leyendo en todo el mundo, pero una lectura actual no es igual a la que se hizo hace 100 años. Pinocho sigue siendo el mismo, pero la tierra dio varias vueltas durante un siglo cambiando valores sobre los que Collodi insiste una y otra vez en largos párrafos, y de los que hoy la gente se preocupa muy poco. Y la gente, cuando olvida o cambia algo, a veces tiene razón.

¿Dónde está entonces el encanto de este libro?

Si su moralina resulta por momentos insoportable, si su didactismo es obsoleto y no merece ningún tipo de piedad, si su concepción de la educación de los niños es tan antigua y superficial que a los chicos les resbala como un cúmulo de palabras huecas, si la división maniquea del mundo no soporta ningún análisis, ¿por qué lo seguimos leyendo?

Tal vez porque todo el pensamiento del pobre Geppetto queda olvidado rápidamente, frente a la casi mítica idea de un muñeco mentiroso, transgresor y desprejuiciado que de alguna manera puede realizar los sueños de cualquier chico —de cualquier persona—, romper límites, vivir aventuras, no negarse a la experiencia, desde las cosas más simples, como comer los pancitos untados con manteca de los dos lados.

Las aventuras de Pinocho - Capítulo 19

A Pinocho le roban sus monedas de oro y se gana cuatro meses de cárcel.

De vuelta a la ciudad, el muñeco comenzó a contar los minutos uno por uno. Cuando le pareció que ya era la hora, tomó corriendo el camino que llevaba al Campo de los Milagros.

Mientras caminaba con paso apurado el corazón le latía con fuerza y le hacía tic-tac, tic-tac. Caminaba, y pensaba:

—¿Y si en lugar de mil monedas encontrara dos mil en las ramas del árbol? ¿Y si en vez de dos mil encontrara cinco mil? ¡En qué gran señor me convertiría! Quisiera tener un hermoso palacio, mil caballitos de madera y mil caballerizas para jugar, una bodega con los licores más dulces, y una estantería llena de caramelos, de tortas, de pan dulce, de almendrados y merengues con crema.

Fantaseando así llegó a los alrededores del campo y se detuvo para ver si encontraba algún arbolito cargado de monedas. Pero no vio nada. Caminó otros cien pasos hacia adelante, y nada. Entró al campo, llegó al pozo donde había enterrado sus monedas, y nada. Sacó una mano del bolsillo y empezó a rascarse la cabeza.

En ese instante escuchó una carcajada. Se dio vuelta y sobre un árbol vio un gran papagayo que se espulgaba las pocas plumas que le iban quedando.

—¿De qué te reís? —preguntó Pinocho enojado.

—Me río porque al sacarme las pulgas me hice cosquillas debajo del ala.

El muñeco no contestó. Fue hasta la acequia y llenando de agua el zapato se puso otra vez a regar la tierra que cubría las monedas de oro.

Otra carcajada se escuchó en la soledad del campo.

—¿Se puede saber de qué te estás riendo, loro mal educado?

—Me río de los tontos que creen todo tipo de pavadas.

—¿Estás hablando de mí?

—Sí, por vos lo digo, pobre Pinocho, tan ingenuo como para creer que el dinero se puede sembrar y cosechar en el campo igual que los porotos y las calabazas.

—No entiendo —dijo el muñeco, que empezaba a temblar de miedo.

—Me explicaré mejor. Mientras estabas en la ciudad el Zorro y el Gato volvieron a este lugar, desenterraron tus monedas de oro y huyeron como el viento.

Pinocho se quedó con la boca abierta, no quería creerle al papagayo, y empezó a escarbar con las manos y con las uñas en el terreno recién regado. Cavando, cavando, cavando, hizo un pozo tan profundo que en él hubiera podido enterrar una parva de pasto. Pero las monedas no estaban.

Desesperado, volvió corriendo a la ciudad y fue directamente a los tribunales para denunciar ante el juez a los sinvergüenzas que le habían robado.

El juez era un enorme mono de la raza de los gorilas. Un viejo mono respetable por su larga edad, por su barba blanca, y especialmente por sus lentes de oro, sin cristales, que tenía que usar en forma permanente por una enfermedad de la vista que padecía desde hacía muchos años.

Pinocho contó con pelos y señales el fraude del que había sido víctima. Dijo los nombres, apellidos y señas particulares de los tramposos, y terminó pidiendo justicia.

El juez lo escuchó con gran benevolencia. Cuando el muñeco no tuvo nada más que decir, el juez alargó el brazo e hizo sonar una campanilla.

Ante ese llamado se presentaron dos mastines vestidos de gendarmes.

El juez les dijo, señalando a Pinocho:

—A este pobre diablo le robaron cuatro monedas de oro. Deténganlo y métenlo en la cárcel.

Al oír la sentencia el muñeco se quedó con la boca abierta. Quiso protestar, pero para no andar perdiendo tiempo los gendarmes le taparon la boca y se lo llevaron al calabozo.

Y allí estuvo durante cuatro meses. Cuatro larguísimos meses. Y hubiera estado más, si no fuera por un afortunado acontecimiento. El joven emperador que reinaba en la ciudad de Cazachitruulos había salido victorioso sobre sus enemigos. Ordenó entonces grandes fiestas públicas, iluminación de la ciudad, fuegos artificiales, carreras de caballos y de bicicletas, y como prueba de mayor alegría quiso que se abrieran las puertas de las cárceles y se dejara libres a todos los malandrines.

Si todos salen, yo también quiero salir —dijo Pinocho al carcelero.

—Vos no, porque no sos como los demás...

—Perdone —replicó Pinocho—, yo también soy un malandrín.

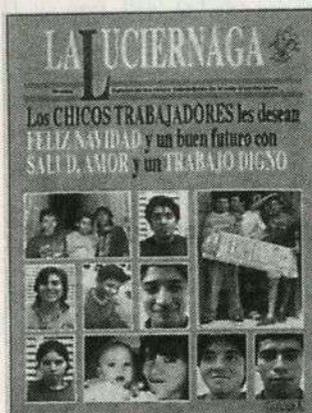
—En ese caso, tenés razón —dijo el carcelero, y sacándose la gorra lo saludó con mucho respeto y lo dejó salir.



Gustavo Roldán (h)

Conventillo

Luciérnaga increíble pero real



En la tapa dice LA LUCIERNAGA – Revista cultural de los chicos trabajadores de la calle y los sin techo. Precio \$1. – 0,75 cts. para quien la vende.

Hace tiempo que sale en Córdoba y tiene una identidad particular, no sólo porque no se vende en los lugares habituales, no sólo porque “aparece cuando sale”, como dicen los responsables, sino porque los chicos trabajadores de la calle se organizaron para sentirla propia. Aportan 25 centavos por ejemplar para pagar la tinta, la imprenta y el papel. En esquinas elegidas y distribuidas, cada

auto puede recibir su ejemplar mientras un chico limpia los vidrios. Las venden también en algunos bares. Los muchachos la sienten como fuente de trabajo y los cordobeses aceptaron la revista y la actividad. La Luciérnaga tiene una legítima razón de ser.

Testimonios

Alejandro, 13 años (trabaja en San Luis y Vélez Sarsfield)
“Veo la gente más pobre que antes. Creo que nos compran menos. El año pasado la gente estaba más buena, este año no, ahora está más brígida”.

Mario Luis, 13 años (Vende en los bares)
“A mí todos me tratan bien. Las personas han cambiado en el humor, un poco, para mejor. Por ahora me gustaría estar un tiempo más en la calle vendiendo revistas, gano bien, vendo 80 por día y me alcanza para ayudar a mi mamá y pagar mis gastos”.

PROHIBICIONES Y AUTORIZACIONES VARIAS

* Justo el primer día del otoño de 1907 se aprobaba una ordenanza municipal por la que se prohibía remontar barriletes en toda la Capital Federal para evitar problemas con el cableado y con los nuevos e inquietantes automotores. Muchas idas y vueltas tuvo esta ordenanza que, hasta 1988, seguía vigente. No sabemos hoy si se avanzó en la derogación o si los barriletes son, sin haberse enterado, desfachatados transgresores.

* Durante el mes de abril del presente año se realizaron en la ciudad de Córdoba 19 allanamientos en casas dedicadas a fotocopias, al encontrarse pruebas del delito de la reproducción ilegal

de libros, los que están amparados por los derechos de autor y editor. Buen tema para debatir y pensar en épocas en las que no se diferencia un puñado de hojas sin datos de un libro tras el que está el trabajo y la responsabilidad de mucha gente. En épocas, también, en las que muchos editores, sobre todo de libros de estudio, podrían racionalizar y mejorar ediciones y precios para no dar lugar al fabuloso negocio de la fotocopia al que se cae de cabeza.

* (...) “A las nenas se les pide que sean femeninas para expresarse. Y a los chicos se les pide que “tengan cuidado con lo que dicen adelante de las chicas”, dando por sobreentendido que no

1989: REPORTAJE DE LOS CHICOS AL PRESIDENTE DE LA NACION

(...)
–¿Tuviste algún sueño más, además de ser presidente?

–Y... ver felices a los niños, a los ancianos. Dios puso en el hombre una herramienta fundamental para que se pueda realizar en un marco de dignidad, que es el trabajo. Ver a todos los argentinos trabajar. (...)

–Vos y otros presidentes siempre dicen que los chicos somos privilegiados. ¿En qué?

–En darles la posibilidad de que tengan un poquito de felicidad. Y yo siempre dije en mi discurso que era necesario terminar con el hambre de los niños pobres y con la tristeza de los niños ricos.

(Página 12, Buenos Aires. Suplemento del Día del Niño, pensado y realizado por chicos de 9 a 13 años.)



Ilustr. Roberto Cubillas

UN POEMA "HERODES" DE LA SERIE

Hay muchísimos textos escritos para los niños que sólo dan para el asombro. Quizás otros valores, otras miradas sobre el mundo, la infancia y la literatura, hicieron... ¿Qué hicieron? ¡Ay! ¿Cómo seguimos don Ezequiel Martínez Estrada? Ana María Shua demostró haber comprendido profundamente el sentido de nuestra selección y aportó este poema. Cabe aclarar que la nota final corresponde a la antóloga y no al autor.

EL AÑO QUE NO LLEGARA NUNCA de Ezequiel Martínez Estrada

-Tú dijiste, mamá, que en poco tiempo me iba a crecer la pierna.
Si no me lo repites
no iré más a la escuela,
porque todas las chicas
se ríen al mirarme las muletas
y me dicen que ya no tendré nunca,
ya nunca más, la pierna...
Pero yo sé, mamá, porque no mientes,
que el año entrante he de tenerla, nueva;
tú no hubieras dejado, de otro modo,
que para siempre me quedara renga...
No podrás suponer cómo se burlan
de mí todas las chicas de la escuela.
Tú llorarías como yo... ¡Qué malas!
Juegan solas, solas y juegan
como nunca... Si vieras como corren,
cómo saltan jugando a la rayuela.

Pero yo espero porque tú dijiste
que el año entrante la tendría nueva;
y entonces ¡Cuánta rabia
van a tener las chicas de la escuela,
esas que ahora dicen,
que estoy fea, muy fea!
porque algunas, mamá, dicen en serio
que no me quiere tanto la maestra,
y que tú has de comprar otra muchacha
que tenga las dos piernas...
¿Verdad que no, mamá? ¿Verdad que mienten?
¿Verdad que en poco tiempo estaré buena?
¡Malas! ¡Malas! Lo dicen
para verme llorar, para que crea
que tú ya no me quieres como antes
porque he quedado renga...
Pero ¿Verdad mamá, que el año entrante
tendré otra vez la pierna?

Para que no se desvirtúe el contenido ingenuo de la composición, estos versos deben ser recitados por criaturas muy pequeñas. Será necesario, entonces, encontrar la intérprete excepcional, capaz de transmitir con emoción contenida, tono... angustia en la expresión y tortura en las manos, el dolor de la niña que ya no puede vivir como tal.

(De: *Antología de la poesía Infantil - Blanca de La Vega - Ed. Kapelusz, Bs. As, 1957.*)

DICE NAHUEL (Cuatro años)

Mirando durante un rato un caminito de hormigas, Nahuel reflexiona:
-Ya sé por qué están todas juntas ¡hay una marcha!

Nahuel está recostado en el pasto mirando las hormigas. Después de un tiempo, se levanta y se va.
-Tiene razón mi papá -dice-. Hablan muy bajito las hormigas.

Observa detenidamente a su abuela, que se abotona una blusa. De pronto se acerca y le dice con tono solidario:
-Y bueno. Las tetas también se ponen viejitas.



Ilustr. Roberto Cubillas

CARTA DE AMOR

Querida Mardalena:

Hoy te vi y dije
que linda aunque seas muy pe-
ro muy burra, pero me gustas,
afectuosamente, Pablo.

(9 años, Provincia de Buenos Aires - año 1998).

Lamentaciones de una usuaria de bibliotecas

Las bibliotecas públicas no son lugares cómodos.

Sin embargo, en estos años han mostrado que cada vez más la gente necesita de ellas.

por **Ema Wolf**

Umberto Eco se refirió al fenómeno de la falta de entendimiento entre el ciudadano y las bibliotecas como una "disonía": La buena voluntad de ambas partes no alcanza para que el encuentro produzca algo totalmente satisfactorio.

El que ingresa a una biblioteca no puede evitar sentirse un transgresor en potencia. (Si tiene menos de veinte años será un individuo doblemente sospechoso.) A la entrada deberá dejar poco menos que sus huellas dactilares y circula con la impresión de que en cualquier momento sonará una alarma o chistido admonitorio que delate un movimiento en falso. Que haya aprendido a moverse con relativa soltura en una de ellas, no le sirve para hacer lo mismo en las demás, ya que no se rigen por normas de funcionamiento comunes; nunca se sabe si es pecado dejar la enciclopedia consultada sobre la mesa o volverla al estante. Algunas tienen depósitos como criptas donde uno encomienda la solicitud a la buena voluntad de un empleado invisible. Otras dependen de la pura memoria del bibliotecario.

Los ficheros suelen estar mal iluminados o fuera del alcance de los bajitos y personas con impedimentos físicos. La catalogación por temas parece el resultado de una inspiración caprichosa similar a la de aquel zoólogo chino que citaba Borges. Un libro mal catalogado o perdido nunca es consecuencia del desorden actual sino de algún episodio mágico-delictivo que viene del fondo de los tiempos. La signatura será borrosa o ilegible. Las boletas de pedido, ignorantes de las conquistas del diseño gráfico, carecen de espacio suficiente para consignar todos los datos. Y probablemente le hagan llenar otra boleta más, exhaustiva, para satisfa-

cer una encuesta de propósito inimaginable. Sorprende descubrir que todavía hay bibliotecas donde el público no tiene acceso a los ficheros, que sus horarios de atención coinciden con los horarios en que las personas están en el trabajo o en clase.

No podrá consultar más de tres libros por vez, ni mezclar los de salas distintas, por ejemplo: una novela en inglés y un diccionario de inglés. Entre el pedido del libro y su obtención media un tiempo largo, cargado de incertidumbre. El libro que consultó hoy tal vez no lo encuentre mañana; algunos

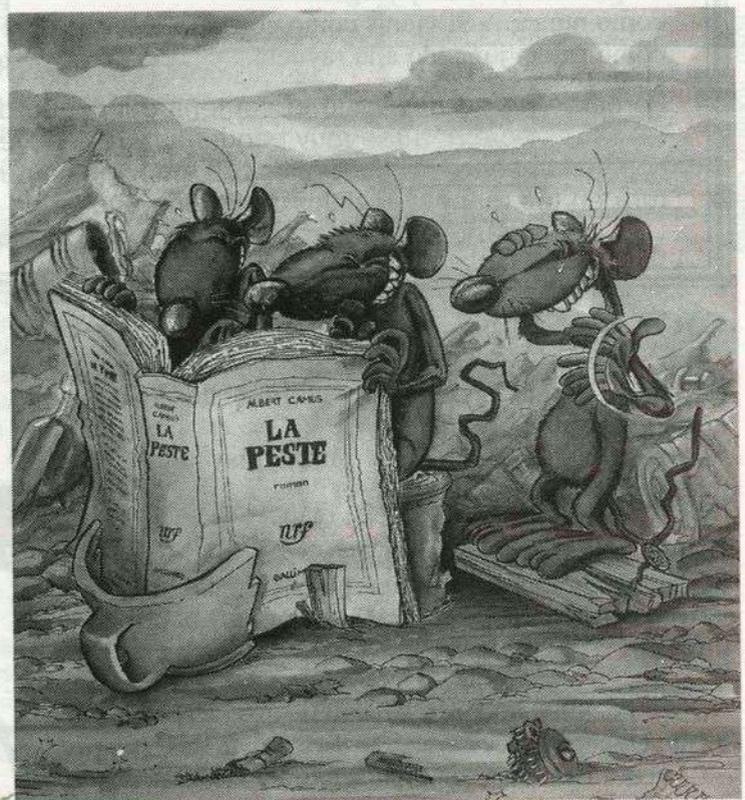


Ilustración Piliuc

deberá solicitarlos con veinticuatro horas de anticipación porque están ubicados en una zona de acceso complicado. La fotocopidora estará descompuesta o atiborrada de pedidos, aunque es posible que en días especiales, bajo cierta conjunción astral, en forma clandestina, el bibliotecario lo autorice a fotocopiar en la papelería de la vuelta.

Los baños estarán momentáneamente clausurados, un montacarga fuera de servicio y el sector de ciencia, a oscuras. En la sala hace frío. Para comer algo deberá salir a la calle, lo que supone devolver los libros, desandar lo andado y volver a empezar. El voto de silencio rige para los lectores —muchos de ellos estudiantes que trabajan en equipo— pero no para los empleados, que parlotean. Por fin, no pierda usted el número de la gaveta donde dejó sus efectos personales porque deberá quedarse hasta la hora de cierre.

No *todas* estas cosas ocurren en todas. Pero sí *muchas*, en muchas de ellas.

La distonía se produce en la bisagra entre el propósito formal de habilitar la lectura y esa falta de comodidad que cualquiera vive como expulsiva. Estamos, además, en la etapa inevitablemente torpe

en que la tecnología se incorpora a lugares que todavía dependen de las velas. El lector se siente algo así como un paciente de mutual cuya supervivencia depende de que nada falle en la complicada burocracia del sistema y también del humor de la persona que ese día lo atienda. Es alguien que ingresa con aprensión y pocas esperanzas. Puede ver coronados sus esfuerzos o perder la tarde entera. Puede encontrar un bibliotecario que se alegra con él si encontró lo que buscaba —son los más— o un sujeto avinagrado que rebota sus pedidos con trámite apurado.

Sin embargo, las bibliotecas siguen siendo imprescindibles.

En la fauna de lectores, los autores de ficción son especímenes conflictivos. Sujetos que buscan una información desesperadamente precisa (¿todos los escarabajos tienen antenas?) o bien tan difusa que desconciertan a los bibliotecarios. (¿Tienen algo sobre ángeles?) Algunos son usuarios patológicos, adictos con perpetuo síndrome de abstinencia, cartoneros en busca de perlas. Quieren una cosa, pero no pueden resistirse a husmear también en los alrededores. Como cualquier investigador, necesi-

Cuentos de las Mil y una Noches

Cuentos de las
Mil y Una Noches
(Volumen I)



Relatos de Graciela Montes
Dibujos de Liliana Menéndez

Gramón-Colihue

VOLUMEN I

Un relato de
Graciela Montes

con dibujos de
Liliana Menéndez



ODO S.R.L.
Crecer con libros

Distribución y ventas:
Ediciones Colihue

Díaz Vélez 5125 (1045) Buenos Aires
República Argentina
Tel-Fax: 983-4191/81

Cuentos de las
Mil y Una Noches
(Volumen II)



Relatos de Graciela Montes
Dibujos de Liliana Menéndez

Gramón-Colihue

VOLUMEN II

tan de las bibliotecas. Pero además padecen una mística que les permite soportar los inconvenientes, hasta se estimulan con ellos. Y vuelven. Siempre vuelven.

Pero también acude gente normal, que viene por primera vez y se desmoraliza. Y escolares. Chicos que aterrizan con hojas manuscritas y papelitos arrugados, enviados por sus docentes con consignas no siempre claras, cuestionarios erráticos como los que también llevan a las ferias de libros, donde se trata de interrogar a un autor —cualquiera, el que esté a mano— sobre cosas que no les provocan la mínima curiosidad.

La prédica que estimula la frecuentación de bibliotecas muchas veces pasa por alto estas falencias: la falta de funcionalidad, la lobreguez de los edificios, la desactualización del material. Imputables, sin duda, al abandono que vienen sufriendo los espacios de la cultura desde hace décadas. A nadie sorprende encontrar en este país, sobre todo en ciudades chicas del interior, una biblioteca desvenecijada. Sí descubrir que a veces los mismos responsables parecen no notar lo quizás por lo mismo que la víctima, con el tiempo, llega a ignorar que lo es. Con mucha más facilidad explican la ausencia de lectores jóvenes por el hábito pernicioso de la televisión, la frivolidad generalizada, la tentación de las maquinitas, la pasividad de los padres que no les “inculcan” el amor por los libros, todas causas externas a la biblioteca misma y lo que se supone debería brindar: utilidad, atractivo, confort.

Ocurre que en esos estantes es probable que haya veinte manuales sobre la cría de abejas —el más nuevo de 1948—, otros tantos sobre cómo armar radios a transistores, libros de aritmética usados, un latín del bachillerato, volúmenes que se desmigán, viejas ediciones de autor de poemas horripilantes, etc. El presupuesto es groseramente escaso, se sabe. Encima, durante años, muchos ciudadanos ejercitaron la buena conciencia donando la chatarra de sus estanterías privadas, regalando lo que ni siquiera quieren plumerear; porque tirar libros “da lástima” aunque ya no sirvan ni a nadie interesen, pero “uno nunca sabe”, y porque siempre los espacios públicos promueven la caridad debida a los pobres, que por eso mismo siguen siendo pobres.

Lo que sorprende es que algunos parecen creer que las bibliotecas *son* así, no que *están* así. Son orgullosos custodios de un espacio sagrado que se supone nunca envejece —aun la fe necesita ser renovada—, adonde los jóvenes no concurren espontáneamente porque son dados a las herejías y están perdidos para la causa de la cultura, no porque sean sitios desalentadores. Una cosa es *verlo* —y en todo

caso resignarse o rebelarse— y otra es *no verlo*. El discurso prefiere descansar rencorosamente en la insigne tradición de la biblioteca misma (“¡Ah, qué dirían sus visionarios fundadores ante tanta indiferencia juvenil!”). No se preguntan si es agradable, si dan ganas de frecuentarla, si podría nacer allí un cálido romance, y por fin —ya que de eso se trata— si puede llegar a convertirse en una alternativa para el tiempo libre.

(Otro asunto inquietante es por qué a los autores que visitamos escuelas todavía nos muestran con satisfacción bibliotecas que son muebles vidriados, con llave, llenos de libros forrados en papel araña. ¡Quién tiene la llave!)

La incógnita es por qué resulta tan difícil encarar revisiones criteriosas del material y recuperar metros de estantes. Descartada la posibilidad de que en medio del polvo pueda haber una joya bibliográfica como la *Biblia del Oso* de 1569, ¿por qué no hacer lugar en los anaqueles, deshacerse de lo inútil, aunque más no sea para evitar la polución y agilizar la consulta? Y si por azar se descubre un libro especializado que se presume valioso, ¿por qué no ofrecerlo a una biblioteca especializada?

¿Es tan comprometedor tirar libros viejos? En el mejor de los casos —lo he visto con mis ojos— los bibliotecarios los apilan en la bañadera. Un libro es un objeto. Como tal, perecedero. No es la Literatura, no es la Ciencia. Los libros que se ganaron la eternidad también se ganaron el derecho a ediciones nuevas. Y los que no, no. Los libros vienen de la pulpa de papel y a la pulpa de papel han de volver, cumplido su ciclo vital. Sin culpas. En las estanterías particulares todos tenemos libros entrañables, heredados de abuelos, con dedicatoria del autor, regalos de amigos, recuerdos de infancia; otros son enigmas permanentes cuya lectura postergamos indefinidamente. Pero es la nuestra. Cada uno soporta el gato y la biblioteca que se merece. Y cada tanto también hay que desagotarla por su propia salud. Leer —y proporcionar lecturas a otros— es elegir. Es separar, descartar. No es acumular, es tomar decisiones.

Por lo mismo, las bibliotecas públicas no son museos. Son organismos vivos en permanente reciclaje. Es parte de su realidad que sufran pérdidas. Ningún mecanismo de control ha podido impedirlo. (En agosto del '97 dos ladrones exquisitos se llevaron de la Biblioteca Popular de Villa Ballester a punta de revólver cincuenta volúmenes de Borges, desdeñando cualquier otro artefacto de uso práctico). Las únicas bibliotecas —incluidas las particulares— donde nada desaparece son las que nadie usa. La biblioteca existe para permitir la lectura,

NOVEDADES

TORRE DE PAPEL



PERRO, PERRITO
Daniel Pennac



EL MUCHACHO
QUE INVENTABA HISTORIAS
Margaret Mahy



UN DESEO LOCO
Ana María Machado



DAMAS Y CABALLEROS
Luis Salinas



EL IMPERIO DE
LAS CINCO LUNAS
Celso Román



HISTORIAS DE UN
PRIMER FIN DE SEMANA
Silvia Schujer



GRUPO
EDITORIAL
norma
INFANTIL • JUVENIL

San José 831 (1076) Capital Federal
Tel.: 382-7400/381-0800 Fax: 383-5455

para facilitarla amistosamente. Tiene que haber —¿cuál será?— un punto de equilibrio entre la necesidad de preservar el patrimonio y hacer más cómodo el acceso a él.

A pesar de todo...

Los periódicos nos informan que en los últimos años cada vez más gente acudió a las bibliotecas. En las populares, a nivel nacional, de 8 millones de usuarios en 1994 se pasó a 18 millones en 1995 y los préstamos a domicilio treparon de 6 a 8 millones en el mismo lapso. La tendencia se repite en la del Maestro, las municipales, la Nacional, que debió ampliar sus horarios, y la del Congreso, que hace un año y medio ostentaba el record latinoamericano de público. La gran afluencia se explica por la recesión que trava la compra de libros, porque son una de las pocas cosas gratuitas que quedan, y tal vez porque para los estudiantes son ámbitos más sosegados que sus casas, pequeñas, conflictivas y ruidosas. Pero también porque las mejor dotadas ofrecen nuevos servicios. Se multiplicaron las salas para menores. Se incorporaron actividades afines como conferencias, cursos, talleres y presentaciones de libros. La informatización es un servicio más que útil, pero está dramáticamente poco extendido, todavía es enigmático para muchos y, donde existe, hay colas para acceder a las pantallas. Por otra parte, son pocas las personas que disponen en sus domicilios de una enciclopedia en CD o acceso a Internet.

Datos que obligan. Todo parece indicar que las bibliotecas son cada vez más necesarias y que la gente les está exigiendo una especial vitalidad.

Aquí se impone recordar que no son únicamente lugares para la consulta forzosa. A las bibliotecas no se va solamente por obligación, no se debería ir solamente por obligación. En las bibliotecas también están los cuentos, las novelas, los mensajes que nadie codificó, los hermosos libros hermosamente escritos que son útiles para nada, que son



Ilustración Philico

finés en sí, no herramientas. Los libros comunes, en el sentido que son de todos, por donde pasaron otras manos y dejaron su marca. El poema subrayado ilícitamente. Y está el olor familiar del papel... Son espacios a los que también se acude —o debería acudir, si fueran menos intimidantes— por curiosidad, por placer, por impulso gratuito, para el intercambio ocioso, para compartir ratos amigables.

Si bien hoy es impensable tratar de comprender la realidad sin remitirnos a los nuevos medios, parece sensato que, al menos nosotros aquí y ahora, posterguemos por un rato el sofisticado debate sobre el fin de la cultura del libro. *Todavía pertenecemos a la cultura del libro.* Todavía leemos, amontonamos, intercambiamos, padecemos y disfrutamos libros.

Bibliográficas

por **Sandra Comino**

Bettina Caron, Carlos María Caron: *Escribir con Humor*, Ediciones Colihue, Colección Nuevos Caminos, 1996.



El humor: una cuestión —como dice el célebre Marc Soriano—, que resulta difícil de abordar con seriedad. Se corre el riesgo de creer que, por ser humorística, la trama es más sencilla o se la suele confundir con “liviandad”. Para Bettina y Carlos María Caron, que toman este tema como una de las vías más importantes para comunicarse con el receptor adolescente —la otra es el juego—, la tarea no es fácil y mucho menos liviana o ligera. El texto puede dividirse en dos partes. En la primera los autores parten, para fundamentar sus experiencias, de la teoría de Sigmund Freud: el chiste y su relación con lo inconsciente. De allí toman “El placer de disparatar” como una necesidad del juego verbal que se halla en todas las etapas de la vida. Así nace un lugar, un espacio donde albergar “disparates” que puedan fundirse en la escritura.

La segunda fracción del libro se refiere, concretamente, a los juegos literarios donde, divididos por nive-

les, se puede acceder a ejemplos para poner en práctica en el tercer ciclo de EGB y Polimodal.

La idea central es permitir la combinación insólita de diferentes cuentos o personajes, la asociación libre, el juego con la palabra y dejar fluir “el arma del humor”. Todo puede ser un disparador para llegar a un alto nivel de creatividad en el taller.

Así pues, el juego —dicen los autores— también necesita estar presente en los adolescentes y en los adultos para desencadenar una mayor integración en la función grupal y solazar la actividad artística que suele ser muy solitaria.

Sin embargo, es importante no descuidar la evaluación. Aunque se trate de una actividad recreativa, la labor de seguimiento del docente para con el alumno tiene que ser ardua. Vale la pena decir que las sugerencias para perfeccionar la escritura, o en definitiva, la corrección, se estructuran en la lectura y comentario de trabajos que no fueron escritos con consignas lúdicas.

En efecto, el valor del libro deja constancia que el dominio de la lengua se logra “de una manera amena, humorística y entretenida”.

Fernando Savater: *El valor de educar*, Ariel, 1997.

A juzgar por los puntos que el escritor Fernando Savater escoge para tratar en este libro, los problemas que giran en torno a la educación son universales. En primera instancia, el autor abre el texto con un prólogo —carta mediante— dirigido a la maestra sin que esto signifique que haya alguna crítica hacia ella, muy por el contrario, su punto de observación está más bien puesto en la sociedad y en la falta de reconocimiento de ésta para con los docentes.

En principio, el autor español se ocupa del proceso educativo y del aprendizaje humano. Luego, de los contenidos de la enseñanza, tanto la profesional como la espantánea, donde la familia es un pilar fundamental en la educación.

En este sentido, los capítulos se unen por un eje temático, que arriba a conclusiones un tanto obvias pero ciertas. Por ejemplo, al sostener que los ideales estéticos de nuestra época inciden en la formación familiar y provocan desconcierto en padres inseguros. En consecuencia, la crisis de la autoridad en la familia pareciera ser la primera fisura en la educación.

Por otro lado, tal como lo hizo Foucault, vincula el saber con el poder y entronca a la violencia como componente de la sociedad sin dejar de reflexionar acerca de la ética, sexo, religión y droga.

El célebre escritor —autor de *La infancia recuperada*, y *Ética para Amador*, entre otros—, en este libro plantea temas trillados como la desaparición de la infancia a causa de la televisión, los malos ejemplos que nos dejaron las sociedades dictatoriales y el peligro de confundir la libertad con la ausencia total de autoridad.

Fernando Savater El valor de educar

Ariel

En definitiva, finalizada la lectura, daría la impresión de que lo que cuenta es el sistema democrático conquistado por el sistema educativo.

Dirigido a docentes, el ensayo de Savater nos dice que la educación está a cargo de todos.

A manera de epílogo cierra —previa descripción del estado de la educación en España totalmente trasladable a la Argentina—, con una carta a la ministra, en un tono no demasiado cordial.

Mi pasión por la aventura



El gran poeta chileno Pablo Neruda escribe en sus memorias que a cierta altura de la vida uno tiene recuerdos de recuerdos, por eso no puedo precisar cuándo empecé con la literatura, pero como soy una ávida lectora debe haber sido cuando pude leer de corrido hacia fines de mi primer grado.

Antes hojeaba libros con dibujos y toda revista que caía en mis manos.

Lo primero que viene a mi mente es el impacto que me produjeron los cuentos de Perrault, de Andersen y todos los cuentos populares, desde *Caperucita Roja* hasta *Gulliver*, pasando por *El patito feo* o *Cenicienta*. Entrar en ese mundo poblado de hechos maravillosos con buenas muy buenas y malas muy malas, con pobres convertidos en ricos por una varita mágica o princesas que despertaban con el beso de su amado me acercó a las narraciones mágicas durante algunos años.

Pero por mi temperamento, los relatos de aventuras figuraron siempre entre mis libros predilectos y en especial toda la serie de la Colección Robin Hood que era de tapas amarilla y hojas gruesas con pocas ilustraciones. Allí encontré a Sandokán el Tigre de la Malasia, a D'Artagnan el jefe de los Mosqueteros y a Tarzán rey de la selva y amigo de la mona Chita. Todos ellos junto a las novelas de misterio, policiales o de ciencia ficción me hicieron conocer a esos grandes escritores como Julio Verne, Alejandro Dumas o Louis Stevenson.

Sin embargo tuve épocas de romanticismo, co-

La Diputada Nacional Graciela Fernández Meijide se sumerge en sus "recuerdos de recuerdos" para recorrer nuevamente para *La Mancha* los primeros cuentos y novelas que la iniciaron en el mágico mundo de los libros. La actividad política —dice— le quita tiempo para la lectura pero sabe que a la literatura siempre se vuelve.

mo toda jovencita, en las que *Mujercitas*, *Hombrecitos*, *Heidi* o *Los muchachos de Jo* llenaban mi mente de fantasías acerca de ese mundo de chicos y chicas que algún día iba a frecuentar.

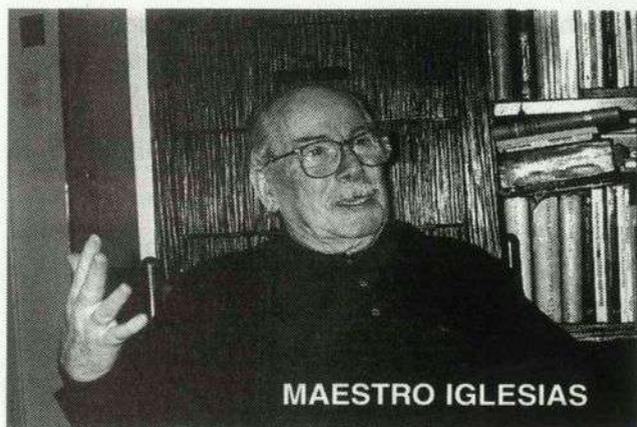
Cuando fui creciendo me acerqué a otro tipo de literatura. Por ese entonces Gabriel García Márquez ya había escrito *Cien años de Soledad* que era todo un éxito y dio el arranque para una nueva literatura latinoamericana. Julio Cortázar nos deslumbraba con sus cuentos y James Joyce el gran escritor irlandés con la novela *Ulises* me incorporaron a esa gran literatura que aún admiro.

Como soy profesora de francés también leí bastante en ese idioma, del que siempre recomiendo para chicos y jóvenes a Molière por su idea del teatro como fiesta popular en la cual la realidad cotidiana se muestra con una sonrisa a través de la exageración.

Lo que sucede es que las circunstancias del país y el rumbo que tomó mi vida a partir de la dictadura militar hizo que me sumergiera en los derechos humanos y que comenzara a leer todo lo que al respecto —sobre todo en el resto del mundo— se había escrito.

Y a partir de mi incorporación a la vida política, privilegio todos los temas que se refieren a la historia, la política en todos sus aspectos, las experiencias de otros políticos y la investigación, que han tomado un espacio casi exclusivo en mis lecturas, a las que también a veces debo postergar por situaciones urgentes de mi trabajo como legisladora que necesita leer proyectos, estudiarlos, etc.

Pero sé que en algún momento volveré a la literatura porque para mí leer no sólo es un espacio de placer sino que la ficción nos ayuda a ser más creativos, la poesía a conocernos profundamente, ciertos personajes a identificarnos con sus problemas que pueden ser los nuestros, en definitiva todo buen libro nos estimula a pensar que es muy importante para tratar de ser una persona cabal.



MAESTRO IGLESIAS

Al maestro, con cariño

Entrevista **Laura Devetach / Gustavo Roldán**

Luis F. Iglesias, hoy “El Maestro Iglesias”, comienza a los 22 años su trabajo como docente único de la Escuela Rural N° 11 de Tristán Suárez. Allí, en un humilde rancho, para enseñar tiene que inventarlo todo. Y lo inventa, de una manera que configura una de las experiencias educativas más trascendentes de Latinoamérica. En su libro *Didáctica de la libre expresión* expone la eficaz conducción hacia la expresividad con la palabra de aquellos niños campesinos de los años 40, testimoniando en una antología de creaciones infantiles sus más variados registros.

Una vez me encontré con unos chicos que estaban por tomar el tren, y les pregunté:

—¿Adónde van?

—Vamos a la escuela N° 1, de Monte Grande.

—¿Y qué van a hacer?

—Y... vamos a dar la lección.

En mi escuela nunca se dio la lección. La lección se vivió.

Se aprendían las cosas de una manera muy natural, que es como el chico aprende. Si le pedimos lección lo anulamos.

En ese momento tuve clara conciencia de que en mi escuela ni remotamente se daba la lección.

La señora del polaco Basilio tiene loca a la vaca: la lleva, la trae, se va, viene, la saca a la calle, la encierra en el campo, y así anda todo el día.

Abel S. Aguirre – 9 años

Esto era en Tristán Suárez. Yo debía haber empezado por el principio, por decir lo que fue la escuelita mía.

La escuelita trató de que los chicos pensarán y dijieran lo que pensaban. De allí que escribían, dibujaban, hablaban mucho, hacían mucho de todo. Había una actividad permanente dentro y fuera de la escuela los 365 días del año. Yo digo esto pero no fue un mérito mío. Toda la escuela debe ser así.

Una rama con tres guindas, una rama con una y otra sin nada. Pero ella tiene la esperanza.

Francisco Calvo – 10 años

La vida de la escuelita era una vida muy integrada, hacían todo. Era aula, era taller y era comunidad. Los chicos hacían todo. Inclusive los trabajos de investigación había que hacerlos, no eran repetición.

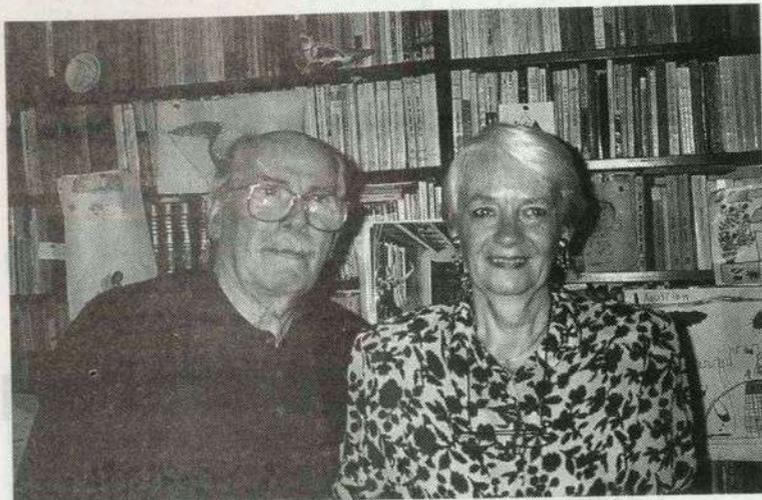
También la lectura jugó un papel extraordinario. En este momento se está dando una cosa muy linda, una maestra de plástica está recorriendo la zona de Tristán Suárez, está entrevistando a los que fueron alumnos de la escuelita rural N° 9. ¡Y se encuentra con que están maravillados! Porque cuentan, por ejemplo, por qué escribían, por qué leían, cómo leían y escribían, qué es lo que realmente los atrapaba, y todos ellos dicen lo mismo: la vida de felicidad que vivieron en la escuelita. Porque la escuela era lo que debe ser: un lugar donde haya libros, juguetes, cosas para hacer, para ver, donde haya una vida permanentemente activa y no un lugar de repetición, de lección.

Tortuga

Marcha siempre pesada, pero llegará.

Nardo Calvo – 12 años

Yo ya había empezado en la escuela, y con mis



El Maestro Iglesias junto a Laura Devetach

amigos estábamos todos en la agitación política, en el fervor de la adolescencia, y la policía nos corría cuantas veces podía. Estamos hablando de los años del peronismo, y de antes también. Un gobierno conservador pensó en cesantearme o en exonerarme, pero no concretaron la idea, y decidieron mandarme a la peor escuela del distrito. Era un ranchito miserable.

Y qué pasa ahí, yo me encuentro en contacto con chicos de campo que trabajaban el tambo. Treinta chicos formaban la escuelita. Comienzo a trabajar y me doy de boca con el gran tema que después constituye el motivo de mi vida. Escuelitas así, pequeñas, abandonadas, en el país hay muchas, y en América Latina son infinitas. Los países no se animan a hacer una educación del nivel que se necesita, entonces un maestro tiene que atender cien chicos. Es un disparate, las cosas se hacen mal.

Pero yo ahí hago mi experiencia, me entusiasmo y me quedo veinte años. Cuando comencé era el año 38 y yo nací en el 15. Fue una riquísima experiencia en la que aprendí más de lo que enseñé. No

había nada escrito. Había un pequeño librito hecho en España sobre el asunto de cómo resolver el problema en la pequeña escuela. A medida que iba haciendo cosas iba escribiendo lo que pasaba. Eso forma mis libros. Y en eso está mi historia.

*Mi papá prendió una fogata y yo dije:
-Es una pelea entre el fuego y las ramas... y venció el fuego.*

José González - 11 años

La transformación en el país está en la formación de los maestros. Cuando los chicos encuentran maestros que los comprenden se produce el gran cambio educativo. No hay un programa ni hay planes. El que maneja eso, el que vive eso es el que da las posibilidades de crecimiento y de transformación en la vida ¡Y cuánto tiene que ver en eso todo lo literario! ¡El maestro tiene que leer! En primer lugar, las escuelas formadoras de maestros, ¿qué hacen con la literatura infantil? ¿Realmente los maestros salen sabiendo toda la riqueza que hay en la literatura para niños y adolescentes? No. No la conocen. No conocen la importancia que tiene la literatura infantil. El maestro tiene que saber contar cuentos, el maestro tiene que saber leer poesía, el maestro tiene que saber manejar el teatro. Esas son riquezas enormes que están allí para enriquecer la vida del ser humano.

Lo que hace falta es hacer una escuela como tiene que ser. Que luche por la dignidad. Por eso viene bien esta pelea de la Carpa Blanca. Hermosa pelea. Yo he vivido todos los años de lucha por la escuela pública y por el maestro. "Educación popular", el periódico que hicimos hace 16 años, fue una lucha desesperada, porque sin medios defendíamos todo eso. Pero qué ocurría, que siempre terminaba todo en una huelga de docentes, que era lógica, que duraba 15 días, un mes, dos meses. Huelgas tre-

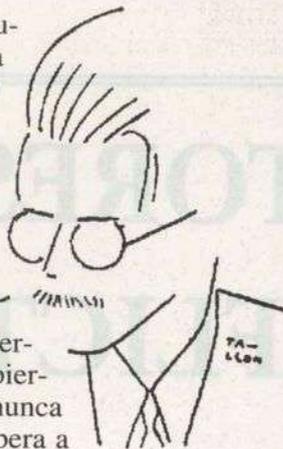
A . L . I . J . A .

**(Asociación de Literatura Infantil y Juvenil de la Argentina)
Sección Nacional del IBBY (International Board on Books for Young People)**

**Más de 10 años en la promoción de la literatura
para niños y jóvenes**

**Biblioteca Miguel Cané - Carlos Calvo 4319, 1º piso - Capital
Martes y jueves de 15 a 19 horas**

mendas, que es el arma de lucha que siempre ha tenido la clase trabajadora. Pero qué ocurría, que el chico pobre no tenía escuela. Al otro le ponían un maestro particular y se salvaba, pero el chico que más necesita, el que no puede perder un solo día de educación, era el que más sufría. Es irreversible. Una vez que el chico pierde tiempo no lo recupera nunca más, y si lo recupera lo recupera a medias y con un tremendo déficit. Yo creo que de ahí viene la Carpa Blanca. Es un tipo de protesta que permite que los chicos puedan ir a la escuela.



Dibujo: José Sebastián TALLON

Magnífico. La lucha por la dignidad está muy ligada a esto. La dignidad del maestro está también en la posibilidad que pueda cumplir con su función.

En la pieza donde duermo hay un sapo y yo le digo que le voy a cobrar el alquiler.
Ismael Pissaco - 13 años

Ahora lo que hay que hacer, es hacer el maestro mejor. La Carpa tiene que luchar por poner en primer término la calidad que tiene que alcanzar la escuela pública. La escuela pública no es solamente el sueldo del maestro, hay que pensar en qué reforma hay que hacer. No la reforma que hace esta gente ¿Qué tipo de reforma es? Deja de lado, como si no hubiera existido, el más hermoso ejemplo que hubo de escuela pública, que fue la de Olga Cosezzini. Fueron maestros que entraron en un clima de transformación y de renovación, no fueron maestros comunes. Dieron un ejemplo de qué es lo que tiene que ser la escuela.

Pero esa escuela fue ingenuamente muy libre para decir las cosas, y eso inmediatamente chocó con los intereses políticos de los años 40. Por eso la dejaron cesante. Cerraron la escuela, la clausuraron, ignoraron lo que se había hecho en una escuela argentina.

Ese es un ejemplo muy claro. Hoy creo que falta una inyección de energía democrática, de energía ciudadana. La gente tiene que reclamar. Cómo puede pensarse que una constitución puede ser manoseada, dejada de lado y no suceda nada. Eso y otras muchas cosas. Me estoy poniendo enfático.

Los textos de los chicos son del libro Viento de estrellas, recogidos en la Escuela Rural N° 11 de Tristán Suárez.

COLIHUE 98

* NOVEDADES *

Colección LIBROS DEL MONIGOTE

Libros de Laura Devetach que ya son clásicos de la literatura infantil argentina

- ☆ CUENTO DE PLASTILINA, Ilustr.: Miguel De Lorenzi
- ☆ MARGARITA Y LA SIESTA, Ilustr.: Crist
- ☆ CUENTO QUE SUBE Y BAJA, Ilustr.: Gustavo Roldán (h)
- ☆ UN CARACOL Y UN DEDAL, Ilustr.: Juan Manuel Lima

Colección PAJARITO REMENDADO

- ☆ LA NENA DE LAS ESTAMPITAS, Iris Rivera
- ☆ EL PÁJARO DENTISTA Y EL YACARÉ DISTRAÍDO, Mario Méndez

Colección LIBROS DEL MALABARISTA

- ☆ CEMENTERIO CLANDESTINO, Eduardo Agustín González
- ☆ CUENTOS DE LA PAPELERA, Rubén Palubne

Colección LOS FILETEADOS

- ☆ MANUAL DE HUMOR. Estudiado y aprendido por Gustavo Roldán
- ☆ ALADINO Y LA LÁMPARA MARAVILLOSA. Versión de Gustavo Roldán

Colección LOS LIBROS DE BORIS

- ☆ CUANDO ALICIA ATRAVESÓ EL ESPEJO, Lewis Carroll (Trad.: Graciela Montes)
- ☆ EL CORSARIO NEGRO, Emilio Salgari (Trad.: Alma Maritano)

Fuera de colección

- ☆ LA ESCUELA DE LAS HADAS. (Edición especial). Conrado Nalé Roxlo. Ilustr.: Mónica Pironio

EDICIONES COLIHUE

Libros que hacen camino

Av. Díaz Vélez 5125 (1405) Buenos Aires

Tel.: 958-4442 / Fax directo: 958-5673

E-mail: ecolihue@starnet.net.ar

ESCRITORES EN CONFLICTO

Los escritores abajo firmantes informamos a la opinión pública nuestra decisión de declarar **persona no grata** a Manuel Jajamovich, responsable de Libros del Quirquincho (Coquena Grupo Editor) por incumplimiento de sus obligaciones contractuales.

Poco prevenidos con respecto a su estilo de manejo empresario, los escritores permitimos que Manuel Jajamovich engrosara durante años una deuda como la que mantiene con nosotros.

Luego de haber agotado todas las instancias de diálogo, nuestros libros fueron retirados de esa editorial por vía de la justicia.

Nunca fue reconocido el espíritu de colaboración de quienes dimos empuje a la empresa y aportamos nuestro trabajo desde la primera hora. Llevamos conflictos y faltas de pago por más de 5 años.

Libros del Quirquincho ocupa un espacio público y un visible espacio en el mercado. Por eso esta carta, con el deseo de dar a conocer la situación y como forma de evitar que se repita.

Silvia Schujer \ Graciela Cabal \ Ema Wolf \ Laura Devetach \ Gustavo Roldán \ Graciela Montes \ Miguel A. Palermo \ Ricardo Mariño \ Oche Califa \ Maite Alvarado \ Julieta Imberti \ María Inés Bogomolny \ Laura Roldán \ María Adelia Díaz Ronner \ Mirta Goldberg \ Horacio Clemente \ Sergio Kern \ Luciana Daelli \ Graciela Falbo \ Gustavo Bombini \ Esteban Valentino \ Eduardo Abel Jimenez \ Douglas Wright \ Perla Suez \ Marcelo di Marco \ Lucía Laragione \ Carlos Schlaen \ María Teresa Andruetto \ (siguen más firmas)

DI ESTO

Tres veces con los ojos cerrados

Ἐπορεύσῃς τὸν δρόμον σου ἔπειτα ἀπὸ τῆς ἑξουσίας
καὶ τὸ φῶς τῆς ἀληθείας

Y verás

Lo que verás

LA ESCRAMANDA EN CONFLICTO

